

FBI

Selecciones

La MUERTE se ANTICIPA

ALAR BENET



OBSESSION:

MURDER

© ALAR BENET

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal,
aparece los viernes

Printed in Spain
Reedición ¶

D. L. M. 17.758-1971 ¶

GRÁFICAS LORMO.....Isabel Méndez, --15-----Madrid-----18¶

**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

Alar Benet

**LA MUERTE
SE ANTICIPA**

CAPÍTULO PRIMERO

Roger Bradford, situado junto a la puerta de entrada a la habitación, de forma que cuando la hoja de madera se abriese quedara oculto por ella, no pudo evitar una sonrisa de superioridad. Estaba seguro de haber engañado horas antes al comisario Frederick Wilder,

Al oír unos pasos, que se aproximaban, por la gran galería del City Hospital, situado en Welfare Island, entre los municipios de Queens y Manhattan y en el centro del East River, el gesto de triunfo del hombre se hizo más amplio mientras sus ojos se posaban en el reloj de pulsera.

—No se retrasa—musitó.

Aun sin desearlo, los músculos de Roger se tensaron. ¡No era tarea sencilla escapar de las garras del comisario Wilder! ¿Podría conseguirlo de acuerdo con lo proyectado?

Pronto iba a tener la respuesta. La puerta se estaba abriendo para dar paso a una enfermera, que se detuvo en el umbral asombrada de no ver a su paciente.

Fue a dirigirse hacia el cuarto de baño, pero una mano le tapó la boca mientras un brazo se ceñía con fuerza en torno a su cintura, impidiéndola moverse o gritar.

La muchacha, horrorizada, quiso zafarse de su enemigo, pero no pudo conseguirlo. La presa en torno a su cuerpo era demasiado fuerte. Su sorpresa y su alivio fueron grandes cuando, tras inútiles esfuerzos, su agresor la hizo volverse y, quitándole la mano de la boca, dijo:

—Estás cada día más hermosa, Jane.

Antes de que la mujer pudiera reaccionar, sintió que unos labios voraces se aplastaban contra los suyos, en un beso largo,

apasionado, interminable.

No resistió. Ella también deseó durante muchos días ser besada así por Bradford.

Cuando, al fin, pudo separarse, los ojos de la enfermera brillaban excitados.

—Me has dado un susto tremendo.

—Eso quería, preciosa. Tómallo como una pequeña venganza.

—¿Venganza? ¿Por qué? Te he atendido lo mejor posible.

Un gesto de cinismo se dibujó en los labios de Roger.

—Demasiado bien. Durante cerca de un mes he tenido tu rostro a unos centímetros del mío mientras me arreglabas las almohadas, complaciéndote en provocarme con tu proximidad. Hoy he querido besarte a mi gusto, sin que pudieras defenderte. ¿Te ha desagradado?

Los ojos de la interrogada se posaron en los del hombre.

—No. Nunca nadie me besó como tú.

—Soy un especialista—repuso, burlón, Bradford—, pero esto no es más que un anticipo de lo que soy capaz cuando me gusta una chica. Me he enterado de que hoy empieza tu permiso. ¿Por qué no nos vamos juntos por ahí? Tengo dinero para que vivamos un mes como millonarios y...

Jane, sin desconcertarse, inquirió:

—¿Me estás haciendo una proposición de matrimonio o acaso...?

—Sólo acaso, monada. —No te hagas la ingenua. No he pensado en el matrimonio. Además, sería un absurdo. No creo que te gustara ser una viuda joven.

—No te entiendo.

—De sobra me entiendes. ¿No te has preguntado quién soy y a qué me dedico? Una tarde, cuando fingía dormir, te he visto registrándome la americana y asustarte un poco al descubrir la pistola que llevo en uno de los bolsillos. Por otra parte, en ese pasillo hay siempre un sabueso del comisario Frederick Wilder con la orden de impedirme escapar. Mira por la ventana. Ese que pasea con aspecto aburrido también se preocupa por mí. ¿No te doy miedo?

Roger se aproximó mucho a la enfermera para acariciar el femenino cabello. Después quiso besarla, pero ella, apartándose, le

preguntó:

—¿Eres un gánster?

—¡Qué importa, Jane! ¡Soy un hombre que tiene dinero, una chica que le gusta y ganas de pasarlo en grande! Podemos irnos unas semanas a Florida, a querernos mucho y a tostarnos en la playa. ¿Qué te parece el programa?

La muchacha, sin escandalizarse por las palabras de Bradford, le miró con fijeza.

—¿Nadie te ha dicho que eres un perfecto sinvergüenza?

—Lo saben hasta los niños de las escuelas, pero eso no importa ahora. Importamos tú y yo, y jugársela al zorro de Wilder. ¿Me dejas que te bese otra vez o tendré que pensar que he perdido facultades?

—Prueba.

Cuando los labios de Roger rozaban ya los de la mujer, ella se apartó con rapidez mientras decía:

—Me fastidian los individuos que se creen irresistibles.

—Yo soy irresistible. No lo dudes. ¿Te ofenderás si te digo que estás deseando decirme que sí? Eres demasiado hermosa para ser yo el primer hombre que se cruza en tu camino. Además, eso se nota siempre.

—¿Cómo?—inquirió ella, burlona.

—Cuando te bese de nuevo te lo diré. Hay una punta de fuego en tus labios, como ocurre con el buen coñac.

—Muy observador. ¿No has pensado en tus heridas? El médico dice que aún pueden abrirse si realizas un esfuerzo. Ya has oído su opinión esta mañana. Debes permanecer en cama diez días más. Sólo entonces te dará el alta.

—Y Frederick Wilder estará aguardándome a la puerta. No, querida. No me gusta que nadie haga los planes por mí. Ya soy mayorcito. ¿Se nota?

Los ojos del hombre recorrieron la femenina figura, plena de turgencias juveniles que no conseguía disimular la bata de enfermera, muy ceñida.

—De sobra—repuso ella, riendo suavemente—. ¿Cómo te enteraste de que hoy empezaba mi permiso anual?

—Se lo pregunté a tu compañera. También sé que vives sola en un pisito, en el Bronx, que no tienes novio ni abuelita que se

escandalice. Vámonos juntos. Será un mes estupendo para los dos. Te prometo no exigirme más que aquello que tú quieras dar. ¡Soy un caballero!

Se acentuó el matiz de sarcasmo en las palabras de Bradford al pronunciar la última frase.

—Veo que estás muy seguro de ti mismo. Bien. Si yo aceptara, ¿crees que te sería posible escapar?

—Dime que sí y te lo demostraré. Dentro de una hora será de noche. Para entonces tú y yo andaremos por ahí del brazo, como dos buenos chicos. Puedes esperarme en la cafetería que hay en la avenida Levington, esquina a la calle 59, en Manhattan. ¿De acuerdo?

Ella no dudó.

—Sí. A las nueve en punto.

La sonrisa se acentuó en el rostro de Bradford.

—No te arrepentirás, monada.

Fue a besarla, pero ella se apartó mientras movía en sentido negativo el dedo índice de su mano derecha.

—No. Has prometido no exigirme más de lo que yo desee darte. ¡Y eres un caballero!

Roger lanzó una sonora carcajada.

—Creo que nos entenderemos. Oye, cuando afirmabas hoy al doctor, delante del señor Wilder, que notabas aún punzadas en el pecho, ¿era una comedia?

—Absoluta. Llevo varios días pensando en largarme de aquí antes de que el comisario me meta en un lío. Necesitaba confiar a ese perro de presa.

—¿Quiere llevarte a la cárcel?—inquirió la muchacha, preocupada.

—Peor que eso.

—¿Matarte, quizá?

—Es posible. Pero no lo conseguirá. No te asustes. Cuando se entere de que he volado del hospital ya estaremos a muchas millas de Nueva York. ¡Y a mí es imposible localizarme cuando me lo propongo!

—Muy seguro estás de ello. ¿Sabes que me pareces un vanidoso?

—Lo soy, guapa, pero sé apreciar lo bueno, como ahora. ¿Me esperarás? Si no acudieras a la cita sería capaz de suicidarme.

—Ahogándote en whisky, supongo. Te dejo. He de ver a otros enfermos.

—¿No hay despedida para un convaleciente?

—Sí. Llévate las píldoras que hay en la mesilla. Debes seguir tomándolas.

—Tú eres la píldora que yo necesito.

Roger fue a aproximarse a la mujer, pero ella, rápidamente, abandonó la habitación, cerrando a su espalda.

Al quedar solo, Bradford, silbando una tonadilla popular, sacó la americana del armario para manipular en el forro y guardarse algo en el bolsillo lateral de la americana. Puso su automática en la funda auxiliar y se ciñó las correas en torno al pecho para tomar después un abultado sobre de la mesilla, del que extrajo un grueso fajó de billetes que guardó en el pantalón.

Ya completamente vestido, se asomó a la ventana. Ocupaba el sexto piso del hospital. El puente Queensborg, que enlaza el municipio de ¡Queens con Manhattan se hallaba a menos de treinta metros.

Frente a la fachada principal del edificio sanitario, rodeado de un amplio jardín, paseaba un hombre, con aspecto aburrido.

Descalzándose, ató los cordones de los zapatos al cinturón y abrió la ventana. No se molestó en examinar la cornisa por haberlo ya efectuado la noche anterior. La franja voladiza, que servía de adorno a la fachada, era de cemento, capaz de soportar a un hombre.

Pese a no ser muy ancha, Bradford confiaba en recorrerla sin demasiadas dificultades hasta alcanzar el cuarto de guardia de la enfermera del piso, en aquel momento Jane Christow y, por él, llegar al pasillo, que formaba un recodo, lo que le evitaría ser descubierto por el agente que montaba la guardia.

Para Bradford, hombre de acción, habituado a enfrentarse mil veces a la muerte, el peligro que representaba la altura no era capaz de arredrarle y, por ello, ya en la cornisa, sin mirar hacia abajo para no sentirse dominado por el vértigo, comenzó a caminar muy despacio, con el máximo de precauciones, a fin de evitar un resbalón que podía serle fatal.

Anduvo durante varios minutos, poniendo especial cuidado al pasar delante de las ventanas de las otras habitaciones, a fin de no

ser visto.

Ya se hallaba cerca de su objetivo cuando apretó la espalda contra la pared mientras una sensación de pánico le dominaba.

Avanzó, pulgada a pulgada, notando que el sudor le empapaba el cuerpo. Tal vez el facultativo estuvo en lo cierto al ordenarle que permaneciera diez días más en cama.

La turbación le iba en aumento. Notaba ya que las piernas se negaban a sostenerle, y no pudo evitar que su mirada se posara en tierra, donde, él lo sabía, iba a precipitarse de un momento a otro para morir de una manera estúpida, absurda.

Se tambaleó mientras abría los brazos para posar las palmas de las manos en la pared, pretendiendo, en vano, buscar un asidero.

Roger se mordió los labios hasta hacerse sangre, en el afán de superar el desmayo, pero él sabía que no iba a conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció en el hospital, donde fue conducido en estado preagónico, con dos proyectiles en el pecho, uno de los cuales le había atravesado el pulmón, le acometieron con frecuencia mareos, que siempre le sumían en total inconsciencia. Según el médico, eran producidos porque la pérdida de sangre fue tan grande y el organismo acusaba tal carencia, pese a las transfusiones que le habían sido realizadas, y merced a las cuales pudo salvarse.

Como si estuviera en un carrusel todo empezó a dar vueltas en torno a Bradford. La cornisa se inclinaba de uno a otro lado, en continuo vaivén y, lo que era peor, también bailaba la pared del edificio.

Aquel era el final de una vida aventurera, un final imprevisto.

Roger Bradford, espesa la saliva, comprendió que dentro de breves segundos perdería totalmente el sentido. ⁴

Sobran los reproches.

Cara a la muerte, una amarga sonrisa se dibujó en el rostro del que, sintiendo que las piernas se le doblaban, incapaces de sostener el peso del cuerpo, se dispuso a resistir mientras le fuera posible...

CAPÍTULO II

Frederick Wilder, grave el semblante, escuchaba lo que le decían desde muchas millas de distancia, a través del teléfono. Una vez que el que le hablaba hubo terminado, dijo:

—¿Me permite unos comentarios, señor? Quisiera aclarar algunos extremos... Gracias... Procuraré ser breve... Lo que acaba de decirme me parece un disparate... ¡No rectifico! ¡Esa es la palabra! Considero infantil el supuesto de que los satélites rusos que circundan la Tierra lleven cabezas atómicas y puedan ser considerados bombas en rampas ideales de lanzamiento... Sí, lo comprendo... Usted y yo estamos para cumplir órdenes. ¿A qué imaginación calenturienta se le ha ocurrido tal posibilidad?... ¡No es posible!... No pongo en duda su palabra, señor, pero... Sí. Procuraré no interrumpirle.

El comisario del Federal Bureau of Investigation guardó silencio durante varios minutos, terminados los cuales volvió a hablar:

—Necesito que se me confirme por escrito la orden... ¡Me da la impresión de que se trata de una broma!... ¡No soy un indisciplinado, y usted lo sabe, pero si he de convertirme en la rechifla de mis hombres, quiero que ellos comprueben que no es cosa mía!... Sé que no hay nada imposible en los actuales tiempos y que nos comportamos como si estuviéramos locos, pero todo tiene un límite... Los rusos no necesitan esos maquiavelismos. Pueden montar bases y de hecho las tienen en Cuba, pese a haber prescindido de las plataformas. ¡Las mejores plataformas son los aviones y apenas han de volar unas millas para situarse sobre nuestras ciudades! Desde el otro lado del estrecho de Bering, en su territorio, nos consta que hay dispuestos centenares de proyectiles dirigidos. ¿A qué esa historia inverosímil?... Comprendo y haré lo

que se me pide... Sí... Sí...

La atención de Frederick Wilder se excitó al máximo mientras escuchaba al comisario del Estado Mayor del F. B. I., que le informaba desde Washington.

—He entendido perfectamente... Ese sir Brothers, que el diablo confunda, anda detrás de esto. Sé quién tiene muchos deseos de echarle el guante, señor... El mismo... Bien. Le informaré periódicamente, de la forma acostumbrada... No. No necesito que me lo escriba. Lo de antes fue... Adiós.

Apenas Frederick Wilder había colgado el auricular cuando el timbre del teléfono sonó de nuevo, pero en esta ocasión el miembro del F. B. I. no hizo sino escuchar, sin que ningún comentario brotara de sus labios, limitándose a un «gracias», con lo que dio por finalizado el que realmente había sido un monólogo.

* * *

Aun con la certeza de que apenas intentara moverse perdería el equilibrio, Roger Bradford no quiso entregarse a la muerte sin lucha. Permanecer inmóvil en la cornisa representaba prolongar unos segundos su vida, pero para perderla irremisiblemente. Si avanzaba, era posible, casi seguro, que anticipara el trágico final, pero valía la pena intentarlo.

Pese a que notaba en sus piernas un hormiguillo, que iba en aumento y que le privaba de vigor, con los ojos cerrados, en un vano propósito de evitar que todo girara en derredor suyo, pudo irse deslizando muy despacio hasta que sus dedos rozaron una de las ventanas que se alineaban a lo largo de la fachada del hospital.

Consciente del valor de los segundos, Roger golpeó uno de los cristales y sus dedos trémulos hicieron girar la falleba. Al saltar al interior de la habitación, milagrosamente a salvo, no pudo advertir que la estancia se hallaba desierta porque antes de rozar el suelo se sumió definitivamente en el reino de las sombras...

CAPÍTULO III

A la altura del último pilar que sustenta el Queensborg Bridge, ya en Manhattan, Roger miró al hospital, que acababa de abandonar, y de nuevo la cínica sonrisa de superioridad bailó en sus labios.

No le importaban los riesgos. Su norma era la de encarar los resultados y si éstos resultaban provechosos, a su favor, olvidaba rápidamente los medios de que se había servido.

El porvenir se le presentaba halagüeño. Varios miles de dólares en el bolsillo, absoluta libertad, sin la pesadilla del comisario Wilder, y una chica como Jane Christow era todo lo que necesitaba por el momento.

Consultó el reloj. Eran las nueve menos cuarto. Le quedaba tiempo para ir hasta el lugar de la cita dando un paseo.

Las grandes avenidas del populoso distrito de Nueva York se hallaban iluminadas y el tráfico de vehículos era intenso. Las aceras, aunque muy concurridas, no presentaban el abigarramiento de personas que era propio de las horas de oficina.

—Casi todos ellos van a divertirse, igual que yo.

Al encender un cigarrillo, Bradford evocó a Jane Christow y hubo de decirse que aquella muchacha le gustaba más de lo habitual. «Tal vez —se dijo— esté aún bajo la influencia de la gratitud por los cuidados que de ella he recibido en el hospital.» La idea no le convenció. Una de las pocas virtudes de Roger, aparte del valor temerario, era la sinceridad.

Jane le interesaba profundamente.

Anduvo despacio, recreándose en el recuerdo de la enfermera y gozando por anticipado de su proximidad, cuando algo, no supo qué, le hizo envararse y tensar los músculos.

Esforzándose en tranquilizarse, pero sin conseguirlo, porque

continuaba sintiendo la advertencia de un riesgo, ignoraba cuál, Roger caminó de nuevo, con las máximas precauciones, desabotonada la americana para que le fuese posible esgrimir la automática con rapidez.

En la esquina de la 59 Street con Third Avenue volvió a pararse para doblar la esquina de la avenida y permanecer inmóvil, observando a los que cruzaron cerca de él. Todos eran desconocidos.

Bradford estaba seguro de que si era vigilado lo sería, únicamente, por los agentes a las órdenes de Wilder. Sir Brothers, su desconocido enemigo, se hallaba en París. Era el único de sus adversarios que había conseguido burlarle repetidas veces.

—Si continúo comportándome como un ratón asustado no llegaré a tiempo a la cita con Jane —se dijo.

Reemprendió la marcha deteniéndose en un paso de peatones para cruzar la avenida Third y regresar a la calle 59, que había abandonado voluntariamente.

Hubo de esperar a que el semáforo le diese paso y, entonces, cuando se hallaba en el centro, de la calzada, en una fracción de segundos, comprendió que había sido un estúpido al despreciar el aviso de peligro.

Un automóvil negro se aproximaba a gran velocidad hacia él, buscando atropellarle a juzgar por el viraje que hizo para rectificar la dirección, cuando Roger quiso saltar a la acera.

Por segunda vez, en menos de una hora, Bradford sentía muy cerca el aleteo de la muerte, aunque de forma distinta.

Inmóvil, tensos los músculos, esperó el momento justo para dar un salto increíble a la derecha y rodar por tierra, mientras giraba en el suelo para que le fuera posible divisar el número de la matrícula del automóvil.

Sintió el aire que el vehículo desplazaba a su vertiginoso paso y, milagrosamente a salvo, se puso en pie. No pudo pensar. Un agente de la Policía que lo había presenciado todo, desde unos veinte metros de distancia, se acercaba.

Corrió hacia la calle 59, entre el estupor de los que presenciaron el hecho y que no comprendían cómo aquel hombre pudo salvarse del atropello, deseoso de evitar un diálogo con el policía y verse obligado a identificarse ante él.

Le fue fácil escabullirse al doblar la esquina de Third Avenue con 59 Street, y tomar un taxi.

—¿Dónde vamos, señor?

Bradford miró su cronómetro. Faltaban cinco minutos para la hora prevista y se hallaba a menos de doscientos metros del lugar concertado con Jane Christow.

—Doble por la avenida Madison y luego tome a la derecha la calle 42 para entrar en Lexington Avenue. Yo le diré dónde ha de parar—como advirtiera un gesto de extrañeza en el chófer, le aclaró —: Quiero llegar a una cita a la hora en punto. Por eso le mando dar ese rodeo.

—Como quiera.

Incapaz de resolver la causa del inexplicable atentado, se encogió de hombros. El vehículo avanzaba ya por Lexington Avenue. A unos veinte metros de la cafetería dijo:

—Pare. Tome. Quédese con la vuelta.

—Gracias,

Se apeó y anduvo con rapidez para penetrar en el establecimiento con un minuto de retraso sobre la hora prevista. Jane aún no había llegado.

—Un doble de coñac. Martell, cordón azul.

Se había habituado a las bebidas de marcas francesas y, en aquel momento, cuando se hallaba en fondos y acababa de nacer por segunda vez, no le importó el elevado precio del coñac pedido.

Paladeó el primer sorbo de licor, que dejaba una punta de fuego en los labios, igual que Jane Christow al ser besada.

Nunca había recordado tanto a una mujer pese a que en su vida azarosa conoció a muchas. Pensó que se estaba volviendo un sentimental y apurando de un sorbo el coñac pidió que le sirvieran otro doble.

Terminaba de hacerlo el camarero, cuando Jane Christow entró en la cafetería. A su paso, varios hombres se volvieron y uno que, más audaz, fue a acercarse, se detuvo al ver que Bradford se aproximaba a la muchacha.

—Temí que no vinieras ya, Jane—fueron las palabras de Roger, mientras tendía su diestra a la enfermera.

—Hubo un lío gordo al descubrirse tu fuga. El hombre que montaba la guardia en el pasillo se volvió como loco y pretendía

que nadie abandonara el hospital.

—Lo comprendo. El comisario aterroriza a cualquiera. No admite el fracaso.

—Me escabullí cuando registraba el hospital, habitación por habitación, en compañía de uno de los médicos de guardia. ¿Tanto le preocupas al F. B. I.?

Bradford eludió la respuesta.

—¿Qué vas a tomar?

—Un combinado de ginebra, sin azúcar. No contestaste a mi pregunta.

—Hace años que me vuelvo sordo de pronto para lo que no me conviene oír. Cenaremos en otro sitio. Donde haya música y todo lo demás

—¿Qué es todo lo demás?

—Champagne, una pista de baile y poca luz. Conozco un nightclub muy íntimo no lejos de aquí.

—Como quieras. Creí que pensabas que nos fuéramos esta misma noche de Nueva York.

—Lo haremos más tarde. Dormiremos en cualquiera de los hoteles de New Jersey. ¿Te parece?

—Tú mandas, jefe—ironizó la muchacha.

—¿En todo?—preguntó, intencionado, Roger.

—En casi todo, al menos. Dame un cigarrillo. He agotado los míos. Pensaba preparar una cena improvisada en mi casa y estar allí los dos solos haciendo planes para el futuro.

—No. Puede ser peligroso. Wilder es posible que se acuerde de ti y no quiero correr riesgos.

Roger encendió un cigarrillo, que luego puso en los labios de la muchacha, tomando otro para sí.

—Acaba el combinado y vámonos. No estoy tranquilo.

De nuevo, Bradford notaba la punzada en la nuca, señal de peligro. Ella, mirándole con fijeza, inquirió:

—¿Piensas que voy a pasar las vacaciones huyendo de un lado para otro?

—No, monada. Espero que no tengas que huir de nadie, ni de mí. Podemos hacer una cosa, si te parece, trazando nuevos planes. Tú vas a casa y metes en un maletín esas cosas de las que no sabéis prescindir las mujeres mientras yo me procuro un automóvil y...

—¿Vas a robar un coche?

El rostro de Roger se endureció, a su pesar.

—Habla más bajo, preciosidad. Te prometo que le tomaré alquilado en alguno de los garajes que se dedican a ello. Dentro de media hora estaré en la acera de enfrente a la de tu domicilio, con los faros apagados. Si hubiera algún peligro, me refiero a que el comisario se hubiese vuelto curioso con respecto a ti, pasa delante y yo te seguiré para recogerte en el momento oportuno. ¿Te parece?

—De acuerdo. Yo vivo en...

—Lo sé, encanto. También se lo pregunté a tu compañera. Siempre averiguo lo que me interesa. El nuestro será un idilio con matiz de aventura. ¿No te seduce?

—A medias.

Bradford se esforzaba en dominar su impaciencia viendo cómo Jane tomaba el combinado a pequeños sorbos, sin prisa. La impresión de que estaba siendo vigilado, de que algo le amenazaba, iba en aumento.

Por ello, procurando evitar la brusquedad, pero en tono imperativo, dijo, depositando unos billetes en el mostrador.

—Vámonos. Luego beberás toda la ginebra que te apetezca.

La cogió del brazo y presionándola sin demasiada fuerza, la condujo a la salida de la cafetería. Deseaba alejarla de él lo antes posible para tener libertad de acción si atentaban de nuevo contra su vida y también para evitar que corriese riesgo alguno. «Las mujeres—pensaba—son muy asustadizas y si Jane se inquieta no querrá acompañarme.»

—Toma ese taxi. Dentro de media hora estaré aguardándote.

La besó levemente en los labios al despedirla y se estremeció al contacto. Nunca había experimentado tal sensación. Siempre fue dueño de sí mismo, de sus reacciones, sin dar a las mujeres más que aquello que deseaba.

La mano de Jane Christow se asomó a la ventanilla en un gesto de despedida. Roger respondió de forma maquinal.

¿Qué hacer? En el centro de Manhattan, rodeado de público, era fácil presa de cualquier asesino, quien lograría acercársele, sin ser advertido, y, a corta distancia, dispararle y huir aprovechando el desconcierto.

Detuvo un taxi, ordenando al conductor:

—A la calle 86, junto a la entrada del Central Park.

Mientras el vehículo avanzaba por Lexington Avenue, en la dirección deseada, Roger no miró ni una sola vez hacia atrás, seguro de que era seguido.

Se había trazado un plan de acción y para llevarle a feliz término era preciso que se arriesgara, a fin de que sus enemigos pudieran atacarle seguros del triunfo. Entonces...

A lo largo de su vida, breve pero intensa, Bradford siempre estimó que nadie obtiene lo que desea si no se expone por conseguirlo.

Por tres veces el plomo le mordió el cuerpo, pero estimaba que aún no se había fundido la bala capaz de terminar con él. Lo de París fue una encerrona, no prevista, en la que utilizaron un cebo por el que Roger sentía debilidad: una mujer.

Cuando hubo despedido el taxi, se internó por entre las umbrías avenidas del Central Park.

Miró hacia atrás, mientras simulaba atarse el cordón de un zapato, sin descubrir a nadie.

Internándose entre los setos, dispuesto a averiguar si le amenazaba o no algún riesgo, anduvo con rapidez, examinando los alrededores. No había nadie. Tan sólo alguna pareja de enamorados en busca de soledad.

Tomó una decisión esforzándose en serenarse. Estaba irritado consigo mismo, preguntándose si había perdido valor y facultades.

A las diez en punto, con un Studebaker de alquiler modelo 1962, aparcó frente al domicilio de Jane Christow, en el municipio de Bronx, en la avenida Jerome y detrás del Yankee Stadium, rodeado por el norte de una amplia zona verde.

El lugar estaba desierto y Roger abandonó el automóvil, internándose en los jardines próximos, pero de forma que pudiera divisar el portal de la casa habitada por Jane.

Como la enfermera tardase en salir, Bradford notó un desasosiego hasta entonces jamás experimentado y hubo de confesarse que la muchacha le gustaba más de lo habitual, que lo que sentía por ella superaba la mera atracción física.

Al verla franquear el portal, provista de una maleta, y dirigirse hacia el coche, se dispuso a acortar distancias, y en ese momento algo, a su espalda, le hizo volverse con rapidez, pero no con mucha

como para evitar que un hombre le propinara un feroz golpe en la nuca que le hizo tambalearse.

A través de las sombras que envolvían su mirada pudo advertir que eran dos hombres los que le atacaban. Ninguno de ellos empuñaba armas, confiando, sin duda, en la superioridad numérica.

Bradford, que continuaba internándose en la zona verde del sur del Yankee Stadium, comprendió que se enfrentaba a dos individuos peligrosos, quienes se habían dado cuenta de cuáles eran sus propósitos, pues atacaron en tromba por ambos flancos.

Pese a que su esgrima era buena, Roger no pudo evitar ser alcanzado por un izquierdazo en el mentón, que pareció levantarle unos centímetros del suelo, tal fue la contundencia del impacto que acababa de encajar. Sintió en el rostro el aire de un gancho que, de haberle acertado, hubiera puesto fin a la lucha, y ciego de ira se lanzó al ataque.

Despreocupándose de uno de sus enemigos, eligiendo al que le parecía más peligroso por su acometividad, saltó sobre él y sus puños encontraron el rostro de su adversario.

Una de las características de Bradford como luchador era la rapidez de sus golpes, que se sucedían vertiginosamente. Vio caer a su antagonista y fue a volverse, pero en ese momento algo se aplastó sobre su oído, derribándole a tierra.

Cuando quiso incorporarse, unas argollas metálicas ceñían sus muñecas.

—¡Malditos cobardes!—gruñó—. Prometo no olvidarme de vosotros.

—¡Cierra el pico! ¡Acompáñanos por las buenas o no te dejaremos un hueso sano.

Roger fingió someterse, observando que Jane se acercaba al lugar de la lucha, para, de pronto, con ambas manos, descargar un golpe feroz en el cuello del que le había esposado, quien no esperando el ataque le recibió de plano, cayendo de rodillas.

La pierna de Bradford se alzó de nuevo a su enemigo, pero algo se abatió sobre su nuca.

* * *

—Vas a dar con nosotros un paseo del que no se regresa jamás. Es irónico que te llevemos en el automóvil que acabas de alquilar

pensando en darte buena vida en compañía de esa enfermera.

Bradford, que acababa de recobrar el conocimiento, medio turbado aún, inquirió, no sin angustia:

—¿Que le habéis hecho a ella?

—Librarla de ti. ¿Te parece poco?

—Si le ha ocurrido algo os arrepentiréis de haber nacido.

Roger se sorprendió de la ferocidad de sus palabras y un sentimiento de congoja inundó su pecho al pensar que quizá en aquellos momentos Jane se hallaría muerta. Había presenciado la última parte de la lucha y vistos los rostros de los que iban a asesinarle. ¡Estaba seguro de que no dejaron con vida a tan peligroso testigo!

Inconscientemente tensó las muñecas y un dolor agudo le hizo desistir. Recordó entonces que estaba esposado y se supo perdido. Aquel era el final de su vida aventurera.

—¿Vais a matarme ahora mismo?

—No. Primero queremos que te eche un vistazo el jefe. Después te zambulliremos en el río para no ensuciarnos demasiado las manos. ¿Te parece buen programa?

—Para vosotros, sí.

—Claro que—bromeó el que se hallaba en el asiento posterior, a la izquierda del prisionero— es posible que nos compadezcamos si lloras un poquito y suplicas por tu vida.

Bradford sintió que la ironía le golpeaba el rostro como una bofetada. ¿Imaginaban aquellos tipos que era un cobarde?

—¿De veras? ¡Si supieras el asco que me dan los hijos de perra como tú!

Apenas hubo formulado el insulto, un dolor agudo hizo comprender a Roger que acababan de hundirle cruelmente en el costado el cañón de un revólver de grueso calibre. Contrajo los dientes para evitar que se escapara un gemido de sus labios. Masculló:

—¡Cobarde!

—Creo que tienes aún muchos humos y te los voy a...

—¡Déjale!—dijo el que conducía el automóvil—. Comprendo lo que debe sentir el invencible Roger Bradford, el hombre de hierro que nunca conoció el fracaso, al haber caído en nuestras manos como un novato. No conviene que vaya muy desfigurado a

presencia del jefe.

—¿Quién es ese jefe?—una idea, sin saber por qué, asaltó a Roger—. ¿Se llama sir Brothers?

Los dos hombres que se habían apoderado de Bradford cruzaron una rápida mirada, que no pasó inadvertida para el prisionero.

—¡Cierra el pico!

—A un condenado a muerte no debe negársele la verdad, a no ser que tengáis miedo de que consiga escaparme. Lo que no me explico es cómo habéis conseguido localizarme en Nueva York. ¿Ibais en el automóvil que se echó sobre mí en Third Avenue?

—No. Actuábamos de reserva por si ese golpe tallaba. Comprenderás que no interesa mucho lo que puedas decir, pues se intentó cerrarte la boca para siempre atropellándote. No caímos en la trampa del Central Park. Es un truco muy viejo para un veterano como tú.

—¿Veterano de qué?

Una sonrisa indescifrable del que se hallaba junto a Roger fue la respuesta.

—¿Dejarás que te vendemos los ojos por las buenas o prefieres que te pegue en la nuca con el cañón del revólver?

—¿Por qué tantas precauciones con un presunto cadáver?

El asombro de Bradford no era fingido. En lo que le estaba ocurriendo había algo que no encajaba.

—Nosotros nos limitamos a cumplir órdenes.

Roger echó una rápida mirada al exterior, a través de los cristales, comprobando que se hallaba en la entrada de Manhattan Bridge, en dirección a Brooklyn. Al ver cómo su enemigo más próximo asía el arma como una maza dispuesto a golpearle, dijo:

—Tapadme los ojos. No haré resistencia. Tengo curiosidad por ver el rostro de ese jefe, absurdo en su forma de proceder.

Inspiró profundamente al notar que las manos le temblaban. ¿Se estaba volviendo cobarde? ¿Qué era lo que le sucedía?

—Decidme si habéis matado a esa chica.

Las palabras habían brotado de labios de Bradford como una manifestación del subconsciente

Se dio cuenta, una vez más, de que Jane Christow no era un pasatiempo, sino que pensaba en ella sin desearlo. Estaba angustiado.

Como no obtuviera respuesta, insistió:

—¿Os habéis quedado mudos?

—Pronto aclararás todas tus dudas. Estamos llegando.

¡Llegar era morir, y aquello representaba no ver más a Jane!

El dolor del vientre se acentuó y Roger hubo de hacer un esfuerzo para dominarse.

Sumido en tinieblas, Bradford maldijo su idea de escapar del hospital burlando la vigilancia del comisario Wilder, pero ya era tarde para reproches.

El automóvil se detuvo suavemente. Roger dedujo que se hallaban en el interior de un garaje al cesar por completo los ruidos de la ciudad

—Baja y no intentes escapar. Te estoy encañonando y nada me dará tanto placer como llenarte el cuerpo de plomo.

Bradford no contestó. Sobraban las palabras. Le interesaba únicamente saber quién era su enemigo y morir con entereza, sin que le viesen temblar...

CAPÍTULO IV

No te quites la venda hasta que se te ordene ni hagas ningún movimiento sospechoso. Puedes sentarte. Detrás de ti hay una silla.

Deseaba alejar de su mente la certidumbre de su próxima muerte, para no sentir de nuevo el dolor del miedo, para seguir siendo el hombre de hierro incapaz de doblegarse.

¡Hombre de hierro! Roger sonrió con amargura. Más que hombre de hierro había sido un desesperado, sin un apego a una vida que hasta entonces sólo le mostró la faz hosca.

—¡Aquí le tiene, jefe!

Tan abstraído se hallaba Bradford en sus no gratos pensamientos, que se sobresaltó al oír la voz de uno de sus raptos. No había sentido entrar a nadie, pero si percibió ahora el ruido de una silla al ser arrastrada unos centímetros.

—Puedes quitarte la venda.

Roger, asombrado por la voz que escuchaba, que le era hartamente conocida, alzó ambas manos esposadas para arrancarse el pañuelo y un suspiro de alivio se escapó de su pecho, mientras, su rostro se ensombrecía:

—Debí imaginarlo.

—Yo esperaba que sucediera así, pero veo que pierdes facultades y eso no es bueno para tu futuro en la organización. Guardaos esas armas. Voy a presentaros a Roger Bradford, inspector del F. B. I., y mi hombre de confianza. Estos son compañeros tuyos, de la última promoción. Se llaman Donald Sanderson y Frank Weaver. Veo que los tres os sorprendéis y eso me hace confiar todavía en mi capacidad para tender trampas a mis propios hombres.

Frederick Wilder, comisario jefe del F. B. I. en Nueva York, sonreía, mitad burlón, mitad divertido, al decir:

—No les guardes rencor si te trataron con dureza. Les dije que iban a enfrentarse con un tipo muy peligroso, capaz de matar a su propia madre.

—¡Comisario!

—Ellos ignoraban que eras miembro de nuestro Departamento. Quise darte una dura lección demostrándote que no es fácil burlarme.

—No es la primera vez que lo consigo comisario.

—Precisamente por ello tomé precauciones. ¿No estrechas las manos de tus compañeros? Te aseguro que valen casi tanto como tú.

—¿Casi, Wilder? Es la segunda vez que me adula. Antes dijo que yo era su hombre de confianza. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Por lo pronto, que fumes un cigarro y desarrugues el ceño. Estamos entre amigos.

—No diría yo tanto.

Hubo un silencio, durante el cual Donald Sanderson y Frank Weaver, en pie, miraban a Bradford, extrañándose de que el comisario tratara a aquel hombre con tanta deferencia.

Roger tomó el cigarrillo que su jefe le ofrecía y lo encendió parsimonioso.

—Presuma. Frederick, contándome cómo pudo adivinar lo que iba a hacer.

—Fue sencillo. Te quejaste de dolores y molestias delante del médico, resignándote de buen grado a permanecer diez días más en cama. Me remito sospechoso. Por otra parte, la enfermera era demasiado atractiva para que no intentases hacerla el amor, según tu costumbre. ¡Las faldas te costarán un día un serio disgusto!

—Mientras tanto, me divierto—fue la cínica respuesta de Bradford.

—O se divierten contigo. Tu plan era bueno, pero esta mañana previne a Jane Christow de que quizá pretendieras huir. No la revelé tu verdadera personalidad, diciéndole solamente que eras un individuo peligroso al que me interesaba tener vigilado. Ella me prometió informarme de lo que supiera y me telefoneó después avisándome que proyectabas huir. Me dijo que intentaría atraerte a su casa.

Roger aplastó el cigarrillo en el cenicero con tanta fuerza, que una de las chispas saltó sobre el barniz.

—Bien me ha tomado el pelo esa...!

No pronunció el insulto. Wilder, siempre con la sonrisa burlona en los labios, se apremió:

—Esa... ¿qué? ¡Vamos! Las palabras mal sonantes que conozco las aprendí de ti. Tengo curiosidad por añadir una nueva a mi repertorio. Sentaos vosotros. Me da miedo quedarme solo con Bradford. Sus iras son terribles.

Muy pálido, esforzándose en dominar su irritación, Roger exclamó:

—¡Deje de burlarse de mí, comisario! No es muy piadoso por su parte. Sin la complicidad de esa chica no me hubiese cazado.

—Hay que prevenirlo todo. Cuando uno se distrae se puede recibir una sorpresa, hasta dos balas en el cuerpo. Nuestro oficio es muy peligroso. ¿No opinas lo mismo?

—¿Es un reproche por lo de París?

—Un poco. Tu trabajo allí fue bueno, si exceptuamos el fracaso de la captura de sir Brothers. ¿Más preguntas antes de que te diga para qué te he mandado traer a mi presencia?

—Sí. ¿Fue idea suya también lo del atropello en Third Avenue?

—Quise hacerte pasar un mal rato, demostrándote que no eres el hombre superior que presumes. El que conducía el automóvil, un viejo amigo tuvo, el inspector Archibald Chennery, llevaba el pie en el pedal del freno y se hizo notar con tiempo para que pudieras esquivarle. Le ordené venir de París para que colabore contigo. Situó a tres de sus agentes en torno a todas las salidas posibles y te fueron siguiendo desde que abandonaste el hospital por diversos medios. Frank y Donald, a los que aún no has querido perdonar, iban también detrás de ti. Te perdieron en el Central Park, y sin preocuparse de más se dirigieron al domicilio de la muchacha en la certeza de que irías allí o de que siguiéndola a ella te encontrarían de nuevo. No se equivocaron.

—Ya ve que no. ¿Me permite una última pregunta?

El comisario asintió con el gesto y la palabra.

—Hazla.

—¿Por qué ordenó que me trasladaran desde París en un avión especial, con un equipo sanitario cuidándome, en vez de dejarme en una clínica de Francia hasta que me repusiera? ¿Tanto dinero le sobra al Departamento como para despilfarrarlo con uno de sus

hombres?

—Temí que sir Brothers terminara contigo si te quedabas en Francia. No confiaba en los agentes que pudiéramos ponerte de vigilancia y dispuse que te trajeran a Nueva York, lejos de las garras de ese hombre.

—¿Sólo fue esa la razón?

El semblante de Frederick Wilder se ensombreció:

—Sí. Eres el único capaz de acabar con el que lleva años siendo la pesadilla de nuestro país. Todos han fracasado. Tú eres el que más cerca has estado de él y tienes que cobrarte una deuda. Por eso no quise que corrieras el menor riesgo. ¡Ahora tendrás otra oportunidad!

—¿Va a enviarme de nuevo a Francia?

—No será necesario. Cuando abandones mi despacho será para disponerte a cazar a Brothers en los Estados Unidos. Archibald Chennery, Frank Weaver y Donald Sanderson serán tus auxiliares en esta empresa.

Las pupilas de Bradford se empequeñecieron.

—El médico dijo, delante de usted, que mis heridas necesitaban aún diez días para su total cicatrización. No me encuentro en forma.

—¿Para irte con Jane Christow pensaste eso? De seguir en el hospital hubiera esperado a que terminases de reponerte, pero si te sientes con fuerza para presumir de don Juan has de tener fuerza también para cumplir con tu deber.

Había una vibración especial en las palabras del comisario. Roger, que conocía a su jefe, tuvo la certeza de que no le iba a ser posible convencerle para que demorase su actuación un par de días, los necesarios para hablar muy despacio con Jane Christow y para sentir en sus labios la quemadura de los de la muchacha.

—Veo que no hay escape.

—No lo hay. Hemos de trabajar con rapidez y eficacia. Nadie mejor que tú para dirigir las investigaciones. Escúchame sin interrumpirme y...

—Deme primero un cigarrillo. Aplasté el que me dio antes y he terminado los míos—Donald Sanderson le tendió un paquete, que rechazó con el ademán—. No. El comisario los fuma mejores.

—Deja ya de guardarles rencor. Te repito que cumplieron mis órdenes. Quédate con la cajetilla. Tengo más en la mesa.

—Gracias. Me abruma su generosidad.

Roger, parsimonioso, encendió un pitillo. Después se encaró con su jefe.

—Dígame lo que desea.

Frederick Wilder meditó unos minutos antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz era lenta. Después de referir a Bradford la llamada que había recibido de Washington, agregó:

—Me da la impresión de que ese sir Brothers ha informado a Moscú en el sentido de que los satélites americanos llevan cabezas atómicas para que nosotros pensemos lo mismo con respecto a los rusos. Quizá sólo busque provocar una psicosis de pánico en los dos Gobiernos con el fin de aumentar su importancia y procurarse mayores ingresos como jefe del Servicio Secreto soviético en los Estados Unidos.

El comisario guardó silencio para continuar después:

—Lo que importa es que ese hombre se encuentra en nuestra patria, al alcance de la mano. ¡Es la mejor oportunidad de cogerle! Los informadores creen que está en Filadelfia e incluso nos han dado dos posibles puntos de contacto. Uno, un cabaret de baja condición en Balnbridg Street, esquina a la calle 24, en el barrio habitado con preferencia por italianos, judíos y negros, muy cerca del silo Naval. Se sospecha que es el punto de reunión de los agentes enemigos. El otro contacto, más concreto, es...

Frederick hizo una estudiada pausa para examinar el rostro de Roger, tenso ante la posibilidad de la captura del hombre que estuvo a punto de terminar con su vida en París.

—...Un individuo llamado Kurt Schoenberg, austríaco, que vive en Montgomery Avenue, frente al teatro de la Opera. Sabemos que es el jefe del Servicio Secreto en Filadelfia, y es de esperar que sir Brothers haya establecido contacto con él. ¿No tomas nota de estas direcciones, Bradford?

—No es necesario. Continúe.

—Es poco lo que tengo que decir. Dentro de una hora vendrá a este despacho el inspector Archibald Chennery para que, con él y con Donald Sanderson y Frank Weaver, tus irreconciliables enemigos, traces un plan en mi presencia. Yo no intervendré porque tienes plena libertad de acción y movimientos. Permaneceré entre vosotros para saber lo que proyectáis y por si puedo ayudaros.

¿Comprendido?

—Por completo. ¿No le parece una infantilidad eso de los satélites?

—Sí; pero hoy se admiten como lógicos los mayores absurdos. ¡Ah! No hay control de gastos. Creo que te estoy acostumbrando mal, Roger, a llevar una vida de lujo que te permite ahorrar íntegro el sueldo. ¿Proyectabas gastarte hasta el último dólar con Jane Christow?

—Sí. No le perdonaré nunca lo que ha hecho. Esa mujer es...

—Admirable. Es verdad. Tal vez el destino os haga encontraros de nuevo en mejor situación. Debo decirte que se ha interesado por tu suerte. Me ha hecho prometerla una y cien veces que nada te ocurriría, que no tomaría ninguna medida contra ti.

—¿Sabe ella que pertenezco al Departamento?

—No. Sospecha que eres un tipo peligroso y que deseamos tenerte controlado. Tal vez imagine la verdad, pero yo nada le he dicho que le haga adivinarlo.

La gravedad del rostro de Bradford se acentuó al preguntar:

—¿Es cierto eso de que se interesa por mí?

—Sí. Uno ya es perro viejo y sabe oler esas cosas. Volviendo a sir Brothers, temo que haya identificado a muchos de los hombres de la Oficina Federal. Quizá ha conseguido infiltrar a alguien en nuestras filas o comprado a cualquiera de los agentes. Esto es una sospecha, sin fundamento quizá, pero hay que actuar con sigilo y decisión. En Filadelfia hay un contacto, nuevo en el Departamento, a quien no conoce nadie más que yo, y pienso seguir manteniendo el anónimo hasta el último segundo.

—¿Conmigo también?

—Sí.

—¿Se considera la única persona íntegra?

—En este asunto, sí.

—Bien. Faltan cincuenta minutos para que venga Archibald Chennery. Podemos invertirlos en examinar planos de la ciudad, que no conozco, y en ir estudiando detalles que puedan sernos útiles. ¿Le parece?

—De acuerdo. ¿No haces las paces con Donald y Frank? Son buenos camaradas y no se asustan cara al peligro.

—Ya pude darme cuenta. Bien. Veo que no voy a tener más

remedio que estrecharos la mano para que el comisario se quede tranquilo—lo hace—. Y ahora he de pedirle una cosa, Wilder.

—Di.

—Cuando cacemos a ese Brothers, ¿tendré dos meses de permiso para dedicárselos a Jane Christow, por ejemplo?

—Tres meses, y con doble paga para que puedas divertirte a gusto. Hice mal en dejarte el sobre con el dinero en la mesilla. Él te inspiró la idea de gastártelo alegremente con esa chica, ¿no es así?

—En efecto. No concibo el ahorro en nuestro oficio.

El comisario Frederick Wilder extendió sobre la mesa de despacho un gran plano de Filadelfia y durante largo rato los cuatro hombres charlaron sobre diversas posibilidades de actuación. A la hora prevista se les reunió Archibald Chennery y ya amanecía cuando dieron por terminado el trabajo.

Al despedirse, Wilder dijo a Roger:

—Como siempre, has elegido el trabajo más peligroso. Te felicito. El plan es bueno y tendrá éxito. No quiero absurdas heroicidades. Necesito vivos a mis hombres.

—Lo tendremos en cuenta.

—¡Ah! Jane Christow no está en Nueva York. No pierdas el tiempo en buscarla. Se ha ido fuera a pasar su mes de vacaciones.

—Lo imaginaba, comisario, pero gracias. Así me evita un viaje a Queens. Veo que me adivina el pensamiento.

—Llevo soportándote más de diez años, y eso enseña mucho. Utiliza la casa de otras veces para dormir. Toma la llave. No conviene que vayas a hoteles. Tengo la impresión de que estamos siendo vigilados. Suerte.

—Gracias. Nos hará falta a todos...

CAPÍTULO V

Eran las siete de la tarde cuando Roger Bradford pulsaba el timbre del domicilio de Kurt Schoenberg, en Filadelfia. Como tardaran en abrir, insistió en la llamada.

—¿Quién es?—dijo una voz de mujer desde el otro lado de la puerta.

—Un íntimo amigo de Kurt. Vengo de Alemania y quisiera hablar con él.

—Puede marcharse. No está.

—Abra y charlaremos de lo que me trae. ¿Es usted su mujer, Margueritte Higgins? La llamo por su nombre para que comprenda que conozco a su marido. ¿Por qué tiene tanto miedo? Yo puedo ayudarla y me propongo hacerlo.

—¡Márchese! ¡No quiero ver ni hablar con nadie!

Roger percibió un matiz histérico en las palabras de la mujer y comprendió que no iba a conseguir que le fuese franqueada la entrada. Por ello se dispuso a jugar la última carta antes de utilizar el juego de ganzúas que llevaba en el cinturón especial de que iba provisto.

—Me manda sir Brothers. ¡No sea necia o se arrepentirá de haber nacido!

Hubo un breve silencio y la puerta giró despacio. Bradford introdujo el pie izquierdo de forma que no pudiera ser cerrada desde el interior y empujó con fuerza.

Cerró a su espalda y en el hall, frente a una mujer joven y hermosa, ataviada con una bata de casa tan transparente que dejaba adivinar el femenino cuerpo, dijo tuteándola:

—Estás muy asustada. ¿Por qué?

Ella, sin responder a la pregunta, exclamó muy nerviosa:

—¡Dígame lo que quiere y lárguese! Aún no sé por qué le he abierto.

—Gracias a la palabra mágica. ¿Quieres que la repita? Veo que no te gusta ese nombre. Coincidimos. ¿No me invitas a una copa? Tiene suerte Kurt de haberse casado con una chica como tú. ¡Eres un auténtico bombón! Vamos. No es cómodo hablar aquí. ¿Tardará mucho tu marido?

—¿Y a ti qué te importa?

Bradford se volvió con rapidez al sentir la voz masculina y pudo ver a un individuo de unos treinta y cinco años, mulato, a juzgar por lo oscuro de su tez y por las facciones algo abultadas, que, desde el pasillo en el que estuvo oculto, le encañonaba con una Parabellum.

Comprendió que se hallaba frente a un profesional del delito por el gesto encanallado del hombre, cuya mejilla izquierda estaba surcada por una cicatriz.

Como le ocurría siempre que se enfrentaba al peligro, Roger se sintió extrañamente seguro de sí, muy sereno. Bromeó:

—Veo que no pierdes el tiempo, monada. ¿Por eso no querías abrirme? Te gustan los hombres, ¿eh? A Kurt no le va a hacer gracia saber que recibes a este tipo en su ausencia.

—¡No contestes, Maggy! ¡Vamos dentro! Quiero hacerle unas preguntas al que dice ser amigo de tu marido.

—¿Qué dice? Lo soy. Puedo contarte lo que quieras sobre él. Por lo pronto, vale mucho más que tú.

Aunque intuyó el golpe, Bradford le esquivó a medias, deseando que su adversario le considerase fácil víctima, poco habituado a la lucha. El cañón de la pistola que el mulato empuñaba le alcanzó de refilón en la mandíbula, produciéndole un agudo dolor.

—¿Eres siempre así de amable con los amigos dé Kurt?

—¡Cierra el pico y entra!

Roger obedeció. No le quedaba otro remedio.

Sintiendo la presión del arma en sus costillas, se dejó arrebatar la automática, que llevaba en la funda axilar, y con una extraña sonrisa, que no fue advertida por su enemigo, dijo:

—¿Terminaste ya? Me gustaría sentarme y tomar una copa. ¡Es agradable encontrarse entre amigos!

—Quizá dentro de poco no te parezca tan agradable la reunión.

¿A qué te manda sir Brothers?

—Sólo se lo diré a ella, sin testigos.

—¿De veras?

Una mueca de crueldad surcó el rostro del mulato, que adelantó un paso con el propósito de atacar al que, impávido, le miraba. Margueritte, interponiéndose, dijo:

—Espera. Te gusta mucho resolver las cosas por la fuerza bruta. Tal vez este individuo necesite algún tiempo para pensar. ¿Por qué no tomamos los tres un whisky? No me agrada la violencia.

—¡Es el mejor lenguaje!—masculló el que encañonaba a Bradford con la Parabellum.

—Es posible, pero siempre hay tiempo para utilizarlo

—¡Bravo, Maggy! Veo que Kurt supo escoger a una chica bonita y lista. ¿Dónde está él? Quisiera verle.

—Se ha vuelto loco—fue la inesperada respuesta de la muchacha.

—No me extraña—repuso Roger—. Vivir a tu lado debe ser algo apasionante. Tienes las pantorrillas más bonitas que he visto nunca. No comprendo cómo el medio negro que te acompaña no se pone más pálido teniéndote cerca.

Ella lanzó una carcajada falta de sinceridad, reveladora de una profunda crisis de nervios que se esforzaba en disimular.

—¡Quieto, John! Bebamos primero. Quizá pueda hacer entrar en razón al que afirma que es amigo de Kurt.

—Muy razonable, monada—se burló ¡Roger—. ¿Cuál es el apellido de John, si es que lo tiene?

—¡Maldito seas!

El mulato, sin que la mujer pudiera impedirlo, propinó a su enemigo una patada en el pecho. A Bradford le hubiera resultado sencillo esquivar el golpe y sujetar a su agresor por la pierna, derribándole, pero hizo lo que la vez anterior: hurtar a medias el cuerpo para que el puntapié no le alcanzara de lleno. Quería saber sobre qué se proponía interrogarle aquel hombre y, además, confiarle para cuando llegara su momento,

Margueritte, con dos vasos, se volvió a John para decirle:

—¡Déjale! Sólo pretende irritarte. ¿Lo tomas seco? ¡Ah!, para satisfacer su curiosidad, este hombre se apellida Curtis y ha nacido en Puerto Rico. Usted es el que aún no nos ha dicho su nombre.

Observando a Maggy y a John, el inspector del F. B. I. se puso en pie para, haciendo una burlesca reverencia, presentarse:

—Me llamo Roger Bradford,

Advirtió un leve sobresalto, mal dominado, en la mujer. Curtis permaneció impasible.

—¿Soda, Roger?

—Seco. Las bebidas, como las mujeres, me gustan solas. Gracias. Eres una amable anfitriona. Hablábamos antes de tu marido, de que estaba loco o algo así.

Bradford, con naturalidad sorprendente, se acomodó de nuevo en el butacón, cruzando una pierna sobre otra de forma que el tobillo izquierdo le quedara muy al alcance de la mano derecha.

Bebió en silencio, sin dejar de mirar al mulato, que continuaba en pie, con la pistola en la diestra y sosteniendo el whisky con la otra mano. Empezaba a cansarle el juego y quiso precipitar los acontecimientos.

—¿Qué es lo que quieres que te diga, John?

El aludido fue a responder, pero se contuvo. En aquel momento sonaba el timbre del teléfono. Al coger el auricular, sus dedos parecieron más negros en contraste con el color blanco del aparato.

—Sí, soy yo. He cazado a un tipo que dice llamarse Roger Bradford. Pensaba llamar pidiendo órdenes y... Comprendo. Telefonaré dentro de unos minutos para que me des instrucciones. ¡No escapará. Te lo aseguro. Gallea mucho, pero no sabe esquivar los golpes. Me gustaría darle una paliza... Sí... Hasta luego.

Bradford, una vez que el mulato hubo colgado, dijo:

—¿Era el negrero o uno de sus ayudantes?

—Confío en que me den la orden de matarte. Pienso hacerlo a golpes para que tu agonía sea más larga.

—Eres muy amable. Casi tan amable como negro asqueroso.

Bradford tenía la diestra hundida entre el pantalón y la pierna, sobre la automática de pequeño calibre que siempre llevaba allí, sujeta con una cruz de esparadrapo, para situaciones como aquélla.

Esperaba un ataque, pero no se produjo. John. Curtís, sentándose en una silla, a unos tres metros de distancia de Roger, dijo:

—A su tiempo te haré tragar esas palabras.

—Eso es fácil de decir cuando se tiene una pistola. De hombre a

hombre no te atreverías conmigo.

—Sólo los estúpidos corren riesgos cuando se tiene ventaja. Y ahora soy el más fuerte

—De eso te aprovechas. Entonces, veamos Maggy... ¿Sabes que tienes un hombre casi tan precioso como tú? Me parece adivinar que este tipo no es el que te consuela cuando Kurt se ausenta. Me alegro. Empezaba a dudar de tu buen gusto. Creo que te agrada tan poco como a mí y que le soportas porque después de marcharse tu marido esperaban, quienes sean, que alguien viniera a preguntar por él. Yo, por ejemplo. ¿Me equivoco?

No obtuvo respuesta, pero por la mirada inquieta, huidiza, de Margueritte, Bradford comprendió que sus suposiciones eran ciertas.

—¿Sabías, Maggy, que Kurt es un espía a sueldo de los rusos? Hombre importante, desde luego. No un simple peón. Tu palidez me contesta Sin necesidad de palabras. Si no le han detenido es por carecerse de pruebas contra él, pero lo harán en cualquier momento. Le han quitado de en medio, no sé cómo, a fin de que nadie pueda interrogarle. La casa es un cebo para atrapar curiosos. Llévame la contraria si me equivoco, Curtís.

—Eres muy listo. Demasiado para seguir viviendo. ¿Qué pretendías de Kurt?

—Que me dijera... Nada, por ahora.

Roger rectificó a tiempo. Había estado a punto de cometer un error. Necesitaba que el mulato llamase para retener en la memoria el número del teléfono. Si hubiera completado la frase «que me dijera cuál era su contacto para ponerse en comunicación con sir Brothers», quizá John se hubiese prevenido.

Curtís, poniéndose en pie, dejó el vaso junto al teléfono y, con la Parabellum firmemente empuñada, dijo, amenazador:

—¡Vas a decirme ahora mismo qué es lo que buscabas visitando a Kurt aunque tenga que romperte los huesos!

Fue a avanzar, pero Margueritte intervino:

—Espera. Será mejor que llames y sepas qué piensa el jefe de este individuo. Sólo quiere provocarte para que te descuides.

—No me descuidaré, Maggy. Pierde cuidado,

El mulato se dirigió al teléfono y, sin cubrir el disco con su cuerpo, como Bradford esperaba que hiciera, quizá para no

colocarse de espaldas a su adversario, marcó seis cifras que quedaron clavadas en la memoria de Roger.

Ya había obtenido lo que necesitaba en el supuesto de que no pudiera localizar a Kurt Schoenberg.

—Soy John... Sí... ¿No interesa que le interrogue?... De acuerdo. Le liquidaré ahora mismo.

Colgó el auricular y miró con ferocidad al que, impasible, paladeaba el whisky, siempre con la mano diestra hundida en la pantorrilla, debajo del pantalón.

—¿Llegó mi hora?

—Sí. Te mataré aquí mismo y después, cuando anochezca, te tiraré al río Schuylkill con peso en los pies para que no flotes. ¿No tienes miedo?

—Mucho. Una Parabellum hace un ruido infernal y se oirá desde la calle.

—Está previsto eso también. Nosotros no olvidamos nunca tomar precauciones.

John Curtís sacó un silenciador del bolsillo. Bradford se dijo que había llegado el momento de actuar sin contemplaciones. Apenas comenzara a colocar el tubo en el cañón de la Parabellum dispararía a matar.

Era necesario que le alcanzase en un punto vital, porque de no ser así el pequeño calibre de la automática no bastaría para derribar a aquel hombre, y él no deseaba correr el menor riesgo.

El mulato, complaciéndose en despertar el terror de su enemigo, dijo:

—Vete a tu cuarto si quieres, Maggy. Le voy a destrozar la cabeza, y eso no será agradable verlo.

Desvió una fracción de segundo el arma para poner el silenciador y en ese momento la diestra de Roger se movió con rapidez, arrancando de un tirón su pequeña pistola, con la que hizo fuego por dos veces.

Los proyectiles se hundieron uno en la frente de su enemigo y el otro en el pómulo izquierdo.

Curtis, asombrado, abrió mucho los ojos al recibir la muerte y cayó a tierra, sin vida, mientras Margueritte sofocaba un grito de espanto.

—¡Calla o tú serás la próxima víctima!

El ruido del tráfico en el exterior era intenso y las detonaciones de la automática no muy fuertes, pero, pese a ello, Bradford no deseaba que interviniera la Policía o que algún vecino acudiese al oír los disparos. Le quedaba algo importante por hacer y se dispuso a no perder tiempo.

Poniéndose en pie, se inclinó sobre el cadáver, tomando la pistola que le había sido arrebatada, que guardó en la funda axilar, así como la Parabellum, ya provista de silenciador, que ocultó en el bolsillo lateral de la americana.

Siempre sin perder de vista a la mujer, con una calma capaz de aterrorizar a cualquiera, sujetó la automática a su pierna con los esparadrapos, sólo arrancados en una parte, presionándolos fuertemente con los dedos.

Más tarde miró con fijeza a Margueritte acentuando un gesto de crueldad. En el suelo, con el rostro destrozado, como un despojo sanguinolento, se hallaba John Curtís.

—Ahora hablaremos tú y yo... ¡y con mucha claridad! No soy amigo de perder el tiempo. ¡Dime qué ha sido de Kurt!

Ella, temblorosa, tomó el vaso de whisky, que había depositado sobre la mesa de centro, y fue a beber, pero Bradford, brutalmente, se lo arrancó de un manotazo. El licor y el vaso fueron a caer sobre la cara del mulato, roja en sangre, desfigurada horriblemente por los proyectiles.

—¡Mírale bien y no pretendas ganar tiempo!

—¿Qué me harás si te digo la verdad?

—Sólo te interesa saber qué te haré si no me la dices. Por ahora es lo único que debe importarte.

Tomó su vaso, golpeándole contra el mueble bar, con fuerza calculada, de forma que se rompieran los bordes. Después, acercando mucho el cristal roto al rostro de la mujer, dijo, con tono de inaudita ferocidad:

—Si tardas treinta segundos en decirme qué le ha ocurrido a Kurt y dónde se encuentra, te dejaré marcada para toda la vida. Y ése será sólo el principio.

Margueritte, habituada al trato con malhechores, víctima muchas veces de la brutalidad de su esposo, retrocedió unos pasos, con los ojos desorbitados por el terror:

—¡No!... ¡No!...—gimió.

—¡Habla!

Ella, mirando como hipnotizada el vaso roto, muy cerca de su cara, sin comprender que Roger no era capaz de cumplir su amenaza y que sólo deseaba asustarla, exclamó entrecortadamente:

—¡Le trasladaron ayer al manicomio! Vinieron dos enfermeros a recogerle.

—¿Le obligaron?

—No. Llevaba dos días muy extraño, excitado unas veces y deprimido otras. En ocasiones pronunciaba frases incoherentes... Parecía un viejo, sin fuerzas para sostenerse en pie.

—¿A dónde le condujeron?

—Al Pennsylvania Insane Asylum[1].

—¿Qué papel juegas tú en el espionaje? ¿Sabías que tu marido estaba al servicio de los rusos?

—Lo averigüé hace unos meses, al oírle hablar con un tal sir Brothers por teléfono.

—¿Cuál es el número o la dirección de ese hombre?

—No lo sé—Bradford arrimó tanto el vaso roto a la cara de la mujer que ésta sintió el contacto del cristal—. ¡Te juro que lo ignoro! Todo el tiempo he vivido aterrorizada. Ya él no ocultaba sus manejos y he soportado a los agentes a sus órdenes, uno de ellos John Curtís, que lleva viviendo conmigo desde que se lo llevaron al manicomio. Al parecer esperaban que alguien viniera a interrogarme.

—¿Por qué no quisiste abrirme?

—Él me lo mandó. Sólo me dijo que lo hiciera cuando tú pronunciaste el nombre de ese maldito Brothers... ¡Es la verdad! ¡No me hagas daño! ¡Me aterra el dolor!

Margueritte, cubriéndose el rostro con ambas manos, presa de un fuerte ataque de histerismo, se dejó caer, sollozando, en uno de los butacones.

Roger, grave el rostro, reprochándose íntimamente haberse visto obligado a emplear tal procedimiento con la esposa de Kurt Schoenberg, sirvió whisky en uno de los vasos y obligó a Maggy a beber mientras decía:

—Tranquilízate... No te haré ningún daño. No soy un asesino aunque me hayas visto matar a John Curtís. ¡Era su vida o la mía, y la elección no resultaba dudosa!... Corres peligro. Apenas me

marche, te vistes rápidamente, metes tus cosas más imprescindibles en una maleta y pides una habitación en el hotel Fairmount, frente al parque. Yo iré a verte esta noche y te llevaré un billete de ferrocarril y el dinero preciso para que rehagas tu vida en cualquier otra ciudad. ¿Me crees? ¡Mírame a los ojos!

Margueritte, ya más serena, hizo lo que el hombre le indicaba y pudo leer nobleza y sinceridad en el Semblante de Roger.

—Sí. Te creo. Pero la Policía me culpará del asesinato de John Curtís.

—¡No te preocupes de él. Mis compañeros le sacarán de aquí para que nadie le descubra. De disponer de tiempo, me quedaría contigo, llevándote al hotel, pero espero que no corras peligro si te preocupas de marcharte en unos minutos y... ¿Aguardas a alguien?

Sonaba el timbre de la puerta de forma continuada, insistente. Ella, estremeciéndose, repuso:

—No. Desde que se llevaron a Kurt al manicomio tú eres la primera visita que se produce.

—¿Por qué te resultó familiar mi nombre? Me di cuenta de ello por una crispación de tu rostro... Vamos. Sé sincera. Sabes que no soy tu enemigo.

—Kurt se refería a ti con alguna frecuencia, alegando que era necesario eliminarte sin demora por ser un hombre peligroso. ¿No abrimos?

—Tal vez sea la Policía. Conviene que espere, al menos hasta que tú y yo acabemos de hablar. ¿De veras no sospechas cuál es la identidad de sir Brothers?

—No. Lo ignoro.

El timbre sonaba sin cesar, pero Bradford, muy tranquilo, aparentaba no oírlo.

—Una última pregunta, Maggy. ¿Por qué te casaste con Kurt?

La interrogada tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, en su voz se adivinaba una inmensa tristeza, una honda amargura:

—¡Tú no puedes imaginarte lo que es la vida de una muchacha de cabaret!

—¿Trabajabas en Balnbridg Street, esquina a la calle 24?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—No importa. Continúa.

—Es poco lo que resta. Kurt se enamoró de mí y me propuso que me convirtiese en su mujer. Lo acepté. Él no me desagradaba y, además, era una oportunidad para abandonar lo que seduce en los primeros meses y asquea toda la existencia.

—Creo que te comprendo, ¡Maggy.

—No. Los hombres no comprendéis esas cosas. Ante vosotros nos presentamos siempre con la sonrisa en los labios y... Van a derribar la puerta.

—Abre ya y no tengas miedo. Estaré a tu lado, vigilando desde el pasillo.

Alguien pegaba con los puños en la hoja de madera, que al ser franqueada dejó paso a...

—Entra, Archibald, y en lo sucesivo no seas tan nervioso.

Roger, guardando en la funda axilar la automática que había empuñado, se mostró a su camarada adscrito anteriormente con él a la plantilla de París.

—Tardabas demasiado y pensé que tal vez te había ocurrido algo.

—Ya ves que no. Salgamos. Nada tenemos que hacer aquí.

—Quisiera echar un vistazo a la casa.

—No hay tiempo. Tengo una pista segura. Vámonos. Adiós, Maggy, y suerte.

—Adiós, Roger. ¿Hasta luego?

—Sí.

Ya en la calle, mientras subía al automóvil que el Departamento puso a su disposición en Filadelfia, Bradford dijo a Archibald Chennery:

—Voy al Hospital de Pensilvania. Sígueme y me esperas a la puerta. Si tardo más de media hora en salir, entra a sacarme como sea.

—¿Qué vas a hacer allí?

—Apoderarme de Kurt Schoenberg. No creo que ese hombre esté loco. Permanece atento por si he de emplear la fuerza. No creo en la repentina locura d Schoenberg. Es demasiado oportuna.

—¿No podrías explicarme...?

—Después, Archibald. Sigue cubriéndome la espalda, como de costumbre. No alteraremos los planes trazados.

Bradford ya tenía trazado el plan de acción, por lo que anduvo

con rapidez para atravesar el breve espacio de jardín que conducía a la gran escalera que daba acceso al manicomio, en cuyo vestíbulo dijo a un enfermero, de rudo aspecto:

—Quisiera ver a un paciente. Es para comunicarle algo de parte de su esposa.

—¿A qué enfermo?

—A Kurt Schoenberg. Ingresó hace dos días.

—Espere un momento.

Luego de mirar un fichero, el empleado dejó solo a Roger para regresar a los pocos minutos.

—Sígame.

Atravesando puertas metálicas, que eran cerradas con llave detrás de él, Bradford penetró en un despacho. Un hombre joven se adelantó a saludarle:

—Soy el médico a cuyo cargo está Schoenberg. Me temo que no sea el momento más oportuno para que le vea. Está muy deprimido.

El enfermero se había marchado, cerrando a su espalda.

—¿Tiene ya hecho el diagnóstico, doctor? Soy Roger Bradford. Perdone. Antes olvidé presentarme.

—Me llamo Nathan Pearson. Siéntese.

Pese a que le dominaba la impaciencia, aceptó la invitación y el cigarrillo que el facultativo le ofrecía. Después de dar lumbre al doctor y de encender a su vez, inquirió:

—Me preocupa que se haya internado a Kurt. Fue compañero mío de estudios y siempre le consideré un hombre normal. ¿Cuál es su diagnóstico?

Nathan Pearson no contestó inmediatamente a la pregunta. Roger pudo advertir falta de seguridad en las palabras del especialista al responder:

—Es un caso que me desconcierta. Sin embargo...

Bradford no le interrumpió. Tenía formado su criterio sobre la repentina locura de Schoenberg y deseaba comprobarla, sin influir en el médico con sugerencia alguna.

—Sin embargo...—prosiguió Nathan Pearson—, hay algo evidente. Ese individuo... Perdón. Quise decir el señor Schoenberg.

—No se preocupe, doctor. Lo de individuo le cuadra a la perfección. Le escucho.

—Desde que entró me di cuenta de que venía embrutecido por

una fuerte dosis de morfina o de opio. Por los síntomas observados, me inclino más por esto último. Creo que el señor Schoenberg apenas sí está iniciado en la droga y que no la ha fumado pura, sino que le han vendido o facilitado «druss», que, como usted sabe, es el residuo de la preparación del opio, muy peligroso, pues contiene no sólo morfina, sino otros muchos productos tóxicos. Es lo que fuma la clase baja en Oriente. En el enfermo se observan vestigios, hiperestesia gástrica, desfallecimiento y sueño poco reparador. Al despertar, se siente pastosa la boca, pesada la cabeza y dolorido el estómago. Palidez, desnutrición, calambres, anestesia sexual... No quisiera cansarle, señor Bradford.

—Le escucho muy interesado, doctor. ¿Todo eso ha observado en Kurt?

—Sí. Cuando entró, su pulso me dio la clave. Se aceleraba para retardarse después por atonía cardiovascular. El opio ejerce sobre el sistema nervioso una acción excitante. No sé si debo decirle lo que me inquieta, pero soy experto en psicología y usted me inspira confianza. Esperaba que, transcurridas unas horas, se presentara la clásica crisis de ansiedad, de desesperación y que el enfermo pidiera opio a voces. Algunos, de serles factibles, llegarían incluso a matar por obtener la droga. No son pocos los que se producen heridas graves golpeándose contra las paredes. Por eso puse a Schoenberg en una celda acolchada, prevista para estos casos. Ordené que me avisaran cuando se produjera la inevitable crisis, y como nadie lo hiciera, fui a verle, encontrándomele aún en mayor crisis de embriaguez. No había olor ninguno en la celda, por lo que deseché la idea de que el paciente hubiera podido introducir oculta alguna pipa. Creo que sabrá que hay un olor dulzón en las habitaciones de los fumadores habituales. Le registré personalmente, quitándole todo cuanto traía y dándole ropa del sanatorio. Hace una hora he vuelto a verle, por cuarta vez desde que entró aquí, y sigue en el mismo estado, es decir, peor que nunca. Creo que expuesto a morir de un momento a otro, ya por síncope, congestión, hemorragia cerebral o por asfixia bulbar.

El cigarrillo se consumía entre los dedos de Nathan Pearson, sin que éste fumara, tan preocupado estaba,

—Puse el hecho en conocimiento del director, quien hizo las comprobaciones oportunas. Hemos puesto a un enfermero de

guardia dentro de la celda, y esperamos antes de dar aviso a la Policía.

—¿Qué piensa de todo ello, doctor? Sea sincero. Nada de lo que me diga saldrá de mis labios si usted no lo desea.

—Tengo la certeza de que alguien ha estado inyectando fuertes dosis de morfina a Schoenberg, impidiéndole recobrar la lucidez. No cabe otra explicación. Así se lo manifesté al director.

—Tentativa de asesinato. Escúcheme, señor Pearson. No sabe cuánto le agradezco su sinceridad. Le voy a corresponder del mismo modo porque necesito su cooperación plena.

—Le escucho.

—Yo no soy amigo de Kurt Schoenberg. No le he visto nunca, salvo en fotografía

Nathan, inquieto, se puso en pie.

—Entonces...

—Síntese. Se do ruego. Vea mis credenciales.

Bradford tendió un pequeño carnet al facultativo, el mismo que extrajo de entre el forro de su americana en la habitación del hospital cuando proyectaba su fuga con Jane Christow y que durante su permanencia en Francia llevó siempre oculto. Después agregó:

—¿Me da su palabra de que no referirá a nadie lo que va a oír? Creo que voy a jugarle con usted una baza decisiva, pero es absolutamente necesario.

—Le doy mi palabra de honor.

—Bien. Confío en ello. Kurt Schoenberg es un agente secreto al servicio de la Unión Soviética y...

Con frase breve, Bradford relató a Nathan Pearson desde la existencia del misterioso sir Brothers hasta la muerte de John Curtís. Cuando hubo terminado, el médico dijo, por todo comentario:

—Creí que eso era cosa de los novelistas. ¡Es asombroso!

—Sucede en la realidad. Necesito llevarme a Schoenberg a un sitio seguro, pero antes en su presencia, quisiera interrogar al enfermero que le cuidó desde su ingreso hasta que decidieron poner a otro sanitario de vigilancia dentro de la habitación. ¿Tiene reparos en que utilice este despacho?

—En absoluto, siempre que me permita estar presente.

—De acuerdo. Llámeme con cualquier pretexto.

Nathan Pearson hizo lo que el inspector le indicaba y, sentándose de nuevo, dijo, con una sonrisa cordial:

—Veo que no me equivoqué al juzgarle persona de plena confianza, y referirle mis preocupaciones. En el puesto del director hubiera avisado a la Policía. Comprendo por qué él no lo hace. Le preocupa el prestigio del hospital y supone que puede controlar la situación sin más trascendencia.

—Es lógica su actitud. Está jugándose mucho por ayudarnos, doctor.

—Es posible.

—No se preocupe. Le prometo que nada le ocurrirá. Y si esto le costara el cargo, lo que no espero, tendrá siempre un puesto en nuestro Departamento.

—Gracias, pero prefiero seguir especializándome en un centro tan importante como éste y... Ahí llega el enfermero. Se llama Oswald Schaer. —Se oyeron unos golpes respetuosos en la puerta—. ¡Adelante! Pase y cierre. Este señor se interesa por Kurt Schoenberg y desea hacerle unas preguntas.

Roger miró con fijeza al que acababa de entrar y pudo ver una ráfaga de temor en sus ojos.

Incorporándose, con actitud indiferente, se acercó a Oswald Schaer para, de pronto, aferrando sus manos en la bata blanca del individuo, a la altura del pecho, decirle con voz tensa, amenazadora:

—¡Necesitamos saber quién es el que te ha pagado para que inyectes fuertes dosis de morfina a Schoenberg! ¡Es inútil que niegues, porque estás descubierto!

—Pero...

El hombre, muy pálido, quiso separarse de Bradford, quien no se lo permitió. Su mano derecha pegó con fuerza de revés en el rostro del enfermero:

—¡Habla antes de que te rompa los huesos!

Le soltó de un empuellón, haciéndole retroceder mientras, en el afán de atemorizarle, empuñaba la Parabellum provista de silenciador que guardaba en el bolsillo lateral de la americana y que le arrebató a John Curtís.

Entonces sucedió lo inaudito. Oswald Schaer hizo una

contracción con la lengua y segundos más tarde se desplomaba.

—¡Necio de mí!—exclamó Bradford—. Debí prever algo semejante.

Roger y Nathan se inclinaron sobre el caído, que tenía la boca muy abierta, percibiendo un olor agrio, inconfundible.

—Arsénico—dijo el médico—. Ha muerto ya. Debió de ingerir una dosis muy fuerte. He de avisar al director.

—Espere. Creí que era un hombre vendido y no un fanático. Llevaba una ampolla de veneno oculto en una encía o en una falsa muela. Creyó mis amenazas e imaginándose incapaz de resistir el interrogatorio, se dio muerte. Por desgracia, es bastante frecuente, y yo fui un estúpido al no imaginar que podía suceder.

—Prestaba servicio desde hace tres años en el hospital y...

—No importa eso. Nada le obliga a acceder a lo que voy a pedirle, pero le ruego que me escuche al menos.

—Hable.

Bradford, que había aplastado el anterior cigarrillo en el cenicero al entrar Oswald Schaer, fumó de nuevo.

—Me es fácil llevarme a Schoenberg apenas llame a mi Departamento y éste se ponga en contacto con el secretario de Sanidad. Ello supone, sin embargo, que demasiadas personas se enteren de lo que nos proponemos, y puede haber agentes infiltrados que hagan inútiles nuestros esfuerzos. También cabe la posibilidad de que pongan a asesinos a sueldo sobre Kurt. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—No podrá llevarse sin que lo autorice el director.

—De acuerdo, pero a él no le daré las explicaciones que a usted. Quisiera ver a Schoenberg primero. Temo...

—¿Qué es lo que teme?

—No lo sé. Vamos a la habitación de Kurt. Se lo ruego.

—¿Sin avisar sobre lo ocurrido a...?

Nathan Pearson señaló el cadáver de Oswald Schaer, cuyo rostro estaba contraído por el dolor.

—Tiempo tendremos. Me hago cargo de su turbación y debo decirle, sinceramente, que admiro su entereza.

—No me asombra la muerte, que me es familiar. Por otra parte, fui capitán de Sanidad en Corea y participé en el desembarco de Inchón. De todas formas, esto es terrible.

—Espantoso diría yo. ¿Vamos?

—Cuando quiera.

Atravesaron una sala general, con veinte camas y un corredor en el centro, y Bradford se estremeció al ver los rostros, infrahumanos unas veces, idiotizados otras. Nathan Pearson, observando la impresión que producía en Roger la enfermedad, le informó, mientras avanzaban, sin detenerse:

—En su mayor parte son oligofrénicos en su grado más avanzado. ¿Se asustaría usted si le dijera que las últimas estadísticas dan el resultado de que el cuatro por ciento, como mínimo, de la población mundial padece oligofrenia?

Con un rictus de amargura en sus labios. Bradford repuso:

—Me extraña que el porcentaje no sea mayor. A veces pienso que el mundo está en manos de imbéciles integrales que se complacen en fomentar esta absurda guerra fría.

Nathan Pearson miró a Roger, pero fue en vano que intentase descubrir ni en sus palabras ni en su rostro el menor matiz de sarcasmo.

CAPÍTULO VI

El asombro de Roger duró unos segundos. Se acercó al lecho, mirando con fijeza al cadáver, que tenía tres heridas mortales en el tórax.

Permaneció inmóvil durante varios minutos, sin apartar su vista del muerto, pensativo. Unas palabras le sacaron de su abstracción:

—¡Aún vive el enfermero!

Roger se arrodilló junto a Nathan Pearson, que sostenía en alto el torso del herido para facilitarle la respiración.

—¿Quién hizo esto?—inquirió Bradford.

El interrogado, con los ojos vidriados por la muerte, tardó unos segundos en contestar. Cuando lo hizo, su voz era tan débil que los dos hombres hubieron de hacer un esfuerzo para percibirla:

—Fue Oswald... Entró en la celda y apuñaló a Kurt Schoenberg. Como intentara impedirlo, me clavó el puñal y...

La cabeza del herido se dobló trágicamente. Acababa de morir. El médico, depositando el cuerpo en el suelo, se incorporó para mascarlar:

—Tuvo usted razón al afirmar antes que el mundo está lleno de locos homicidas. ¡Qué matanza tan innecesaria!

—Sí. Sí lo es. Cuando usted le llamó, sin duda se supo descubierto. Tal vez alguien le había avisado desde fuera que yo iba a venir. Por eso quiso silenciar un testigo.

—¡Pobre Schoenberg! Al menos él no se dio cuenta de nada.

Las palabras de Bradford sorprendieron al médico:

—Ese hombre—señaló el cadáver tendido en el lecho—no es Kurt Schoenberg. Me grabé su rostro en la retina estudiando sus facciones con todo detalle para reconocerle, incluso bajo posibles disfraces.

—¿Qué dice? ¿Usted también se ha vuelto,...?

—No. Nunca estuve más cuerdo. El plan de sir Brothers era bueno de haberme retrasado veinticuatro horas. El falso Kurt hubiera muerto esta noche a consecuencia de otra fuerte dosis de morfina y mañana le habrían enterrado. No contaban con que usted se interesase de inmediato por el caso. En un Hospital como éste, donde hay más de mil enfermos, es fácil que transcurran dos o tres días sin que a un ingresado se le haga otra cosa que la ficha. ¿Me equivoco?

—Sucedé a veces.

—Quizá los periódicos hubieran publicado la noticia, o al menos una esquela de la viuda, y yo, al leerla, habría derivado las investigaciones en otra dirección mientras el auténtico Schoenberg, oculto en cualquier lugar de Filadelfia, se reiría de mi ingenuidad, sabiéndose a salvo. Vayamos al despacho del director. Desde allí telefonaré al comisario Frederick Wilder, que se encuentra en la ciudad para seguir de cerca las pesquisas y ustedes tres decidirán. Yo tengo mucho que hacer esta noche.

Cinco minutos más tarde, Bradford se aproximaba a su automóvil junto al que, nervioso, se hallaba Archibald Chennery.

—Ya iba a entrar Roger. ¿Encontraste a Kurt?

—Sí. ¡Le han matado!

No dio más explicaciones ni su compañero, conocedor del carácter de Bradford, se atrevió a pedírselas.

—¿Dónde vamos ahora?

—Limítate a seguirme. ¡Eso es todo! La muerte ha borrado la mejor de nuestras pistas, pero abre otras posibilidades.

De nuevo en marcha el vehículo, Roger se dirigió a la máxima velocidad permitida por las leyes de tráfico al Hotel Fairmount, frente al parque del mismo nombre, famoso por ser el principal punto de recreo de la ciudad.

En conserjería le dieron una respuesta, ya esperada:

—La señora Margueritte Higgins no se hospeda aquí.

—Quizá haya utilizado otro nombre. Debió venir hace media hora aproximadamente.

—Desde las cuatro de la tarde nadie ha solicitado ninguna habitación, señor.

—Gracias.

Cuando Roger subía de dos en dos las escaleras que separaban el portal del piso de la esposa de Kurt Schoenberg había en sus labios un gesto de crueldad que aterrorizaba, gesto que se convirtió en angustia una vez franqueada la puerta mediante el juego de ganzúas.

En el «sitting-room», muy cerca del cuerpo de John Curtas, se hallaba Maggy, con los ojos desorbitados por una expresión de espanto y sorpresa y un orificio de bala en la sien izquierda.

De nuevo se le anticipaba la muerte a Roger, una muerte de la que quizá él, por imprevisión, era responsable.

Margueritte Higgins se hallaba vestida con una falda gris y un suéter blanco. Cerca de ella, un pequeño maletín, abierto, con dos trajes de chaqueta, ropa interior y frascos de pomadas y perfumes.

—¡Pobre mujer!—comentó mientras ponía sus dedos sobre una de las femeninas piernas, tan perfectas, presionando suavemente a la altura de la articulación.

Llamó por teléfono al despacho del director del Pennsylvania Insane Asylun para rogar que se pusiera al habla el comisario Wilder, al que informó de lo ocurrido.

Después, sin vacilaciones, trazado ya su plan de acción, abandonó la casa para dirigirse hacia su automóvil.

La punzada en la nuca, a la que debía seguir viviendo, le frenó en seco. Un peligro le amenazaba.

Miró en derredor y lo hizo a tiempo. Algo redondo rodó a sus pies. Sin meditarlo, dejándose guiar por el instinto, con una rapidez inconcebible, saltó hacia atrás para arrojar al suelo, protegido en el tronco de un grueso castaño, mientras una explosión horrrisna estremecía el aire.

Sintió que la metralla se clavaba en su providencial parapeto y pasaba silbando cerca de él sin alcanzarle, mientras los que transitaban por la ancha acera de Montgomery Avenue huían enloquecidos de pavor.

No todos pudieron hacerlo. Unos novios que caminaban muy juntos, quizá planeando un futuro de dicha, se desplomaron a tierra, heridos de muerte.

Dos hombres, en pie, sangraban por diversas partes del cuerpo y un repartidor de telegramas yacía en tierra con la cabeza destrozada.

El confucionismo era espantoso. Un agente de tráfico se acercaba al lugar de la explosión al igual que Archibald Chennery.

Bradford, con el ademán, impidió que su compañero se le aproximara y subiendo a su automóvil se alejó con rapidez del lugar en el que estuvo a punto de morir, sin que su fuga fuera advertida por nadie.

De nuevo notaba en sus entrañas el dolor del miedo, mientras el confucionismo imperaba en su mente.

Recorrió varias calles, a escasa velocidad, por saberse incapaz de dominar sus nervios, sobreexcitados por las amargas experiencias de que estaba siendo protagonista y, al fin, se detuvo en Woodland Avenue, frente a la Universidad de Pensilvania.

Apoyó la cabeza en el volante, cubriéndose la nuca con ambas manos. Durante cerca de un cuarto de hora estuvo en tal postura, negándose a pensar, con el deseo de que la garra que le retorció el vientre cesara de presionarle.

Hubo de hacer un formidable esfuerzo de voluntad para sobreponerse, y con pulso poco firme encender un cigarrillo. Tenía miedo, un miedo atroz, jamás experimentado, miedo no a morir sino a ver nuevos cadáveres a su alrededor.

Evocó, a su pesar, el rostro destrozado de John Curtís, el rictus de dolor de Oswald Schaer, al falso Kurt Schoenberg, desangrándose junto al enfermero, con el puñal clavado en el pecho, y a Margueritte Higgins, la mujer que se creyó salvada al contraer matrimonio y abandonar la vida del cabaret... Pensó en la pareja de enamorados, en el empleado de telégrafos, en los heridos de Montgomery Avenue...

¿Cómo se había producido el ataque? La pregunta, formulada íntimamente, le hizo concentrarse. Aunque no reparó en ello, sin duda le arrojaron la bomba desde un vehículo en marcha.

Mucho le temía el misterioso sir Brothers para arriesgarse y arriesgar a sus hombres atentando contra él en una de las principales avenidas de

Filadelfia, en las primeras horas de la noche, cuando las aceras estaban más transitadas y resultaba posible que alguien retuviera los rostros de los agresores o el número de la matrícula del coche.

Con el cigarrillo entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda meditó larga y profundamente. Intuía que su enemigo

acababa de cometer varios errores, pero no lograba apresarlos en su cerebro, someterlos a un riguroso análisis.

Tenía la certeza de que le era posible identificar a sir Brothers a través de los crímenes de que había sido espectador, pero algo se le escapaba sin saber el qué.

Con un chasquido de lengua, revelador de impaciencia, quiso concentrarse. Fue en vano.

Se resignó, y con un gesto de impotencia se dispuso a reanudar las investigaciones en el cabaret de Balnbridg Street, esquina a la calle 24, el otro contacto con el enemigo de que le hablara el comisario Frederick Wilder en su despacho de Nueva York.

Ya en el vestíbulo mal iluminado del cabaret experimentó un sobresalto al mirar al guardarropa y ver detrás del mostrador a la persona de la que menos se acordaba en aquellos momentos. Ahogando la exclamación de sorpresa que estaba a punto de brotar de sus labios, se acercó a la que había palidecido al reconocerle:

—¿Tiene cigarrillos? Agoté los míos.

—Sí. Escoja los que desee.

La mujer puso varios paquetes al alcance de Roger. Sus manos, finas y bien cuidadas, temblaban.

Mientras sacaba unas monedas del bolsillo del pantalón, luego de cerciorarse de que nadie les observaba, Bradford, ronca la voz por la ira, preguntó:

—¿Es así como disfrutas de tus vacaciones. Jane?

—¡Por favor, Roger! Haz como que no me conoces. Ya te explicaré.

—Explicarme, ¿qué? ¡Siento unos deseos enormes de abofetearte! Necesito hablar contigo. ¡Esta misma noche!

—¡No lo intentes! ¡Sería peligroso para los dos! Yo haré por verte. Se acercan... ¡Por Dios márchate!

Había angustia en las palabras de Jane Christow. Roger, apoderándose de un paquete de Chesterfield se apartó del mostrador comenzando a descender la escalera que enlazaba con la sala destinada al público.

Una tufarada a sudor y a perfumes baratos inundó a Bradford, quien, deseoso de que repararan en él, atravesó el local para ocupar una mesa, muy cerca de un pequeño escenario en el que una vocalista, de espléndida figura y poca voz, cantaba una canción

melancólica. En una pequeña pista bailaban, muy justas, algunas parejas.

—Sírrame un doble de coñac—ordenó a un camarero que esperaba órdenes.

—¿Con hielo y soda?

—Seco. Coñac francés, se entiende, preferentemente Martell.

El sirviente se alejó, con una inclinación de cabeza, y Roger se dispuso a examinar los rostros de los que ocupaban el local. En una mesa, alejada de la suya, vio a Donald Sanderson y a Frank Weaver en compañía de dos muchachas, especialistas en desplumar incautos.

Una idea audaz asaltó a Bradford. ¿Por qué no efectuar un registro a fondo del establecimiento?

Le contuvo la posibilidad de que Donald y Frank estuvieran sobre alguna posible pista.

¿Y Jane Christow? ¿Qué papel representaba en aquella tragedia?

¡Jane! Durante las últimas horas había llegado a olvidarla, pero al verla de nuevo se avivaba el rescoldo de su corazón, convirtiéndose en voraz hoguera.

—Su coñac, señor.

—Gracias.

Bebió un sorbo de licor. ¿Estaría Kurt Schoenberg escondido en el cabaret? Tal vez el propio sir Brothers se hallaba vigilándole esperando el momento propicio para asestarle un golpe mortal.

La presencia de los dos miembros del FBI le tranquilizaba. Terminó de serenarse al ver entrar a Archibald Chennery y acodarse en el largo mostrador, con aire aburrido.

Con la certeza de que estaba perdiendo el tiempo, terminó de apurar el coñac y dejando un billete en la mesa se puso en pie, dirigiéndose muy despacio hacia la puerta.

Roger se sentía agotado, casi sin fuerzas para sostenerse en pie.

Anduvo unos pasos con el deseo de llegar al automóvil, pero de pronto el suelo pareció ascender hasta él y cayó a tierra desvanecido.

Un hombre, que había abandonado el cabaret, le tomó en sus brazos y le introdujo en el vehículo inmediato...

El comisario Frederick Wilder, sentado ante la mesa de despacho, tomaba notas en un pequeño bloc que repasaba después meticulosamente. Era un hombre chapado a la antigua, amigo del método, Al igual que Roger Bradford, tenía la certeza de que te clave del enigma se hallaba al alcance de su mano, pero no era capaz de dar con ella.

El timbre de la puerta sonaba con insistencia y se dirigió al hall, con la diestra hundida en el bolsillo de la bata, empuñando una automática.

—¿Quién es?

—¡Abra, comisario! ¡Es urgente!

Al reconocer la voz de Archibald Chennery, Frederick Wilder se apresuró a franquear la entrada y su sorpresa no tuvo límites al ver que el inspector llevaba en brazos, desvanecido, muerto quizá, a Roger Bradford.

—¿Le han herido, Archibald?

—¡No lo sé. Cayó al suelo al abandonar el cabaret y me he apresurado a traerle aquí.

Wilder, con visible gesto de angustia, puso su diestra sobre la camisa de Roger, en el lado izquierdo del pecho, comprobando que el corazón latía, aunque débilmente. Al separar la mano, la notó húmeda, pegajosa.

—¡Sangre! Échale sobre mi cama. Voy a telefonear al médico. ¡No me perdonaría que le ocurriese algo a Roger! El solo vale más que todo el Departamento. Quítale la americana.

Al ir a marcar un número telefónico, Wilder dudó unos segundos, decidiéndose al fin. Llamaría al doctor Nathan Pearson, que tan valiosa ayuda había prestado.

De nuevo junto a Bradford, Wilder se inclinó sobre él y abriéndole la boca acercó mucho su cara.

—¡No. No le han envenenado. Eso temí en principio cuando al salir del cabaret le vi desplomarse. Creo que se le han abierto las heridas. ¡No debió encargarle de esta misión, comisario! Había un reproche en la voz de Chennery, pero Wilder pareció no advertirlo.

—Es posible—dijo—. Sin embargo, no me arrepiento.

—¿Hay buenas esperanzas?

—Sí. ¡Creo que esta noche, sir Brothers caerá en nuestras manos.

La noticia sorprendió al inspector Chennery, en cuyos labios se

reflejó una sonrisa:

—¡Ya era hora! ¡Siempre fue más listo que nosotros y...!

—¡En esta ocasión se ha pasado de la raya! Están llamando. ¿Quieres abrir?

—Desde luego. ¿Será el médico?

—Es pronto aún. Ten cuidado y cerciérate de quién es el que llega antes de franquear la entrada.

Ya casi en el pasillo, Archibald se volvió:

—¿Teme algo, comisario?

—Quizá nuestros enemigos se lancen a una lucha de exterminio al saberse descubiertos. Hay que preverlo todo.

Cada vez más pensativo, Frederick anduvo hasta la ventana para volverse al sentir ruido de pasos. Chennery, Frank Weaver y Donald Sanderson entraban en la habitación.

—Nos extrañó la forma de caminar de Roger y fuimos tras él temerosos de que le hubieran herido. Ya nos ha dicho Archibald que se trata de las antiguas heridas—dijo Sanderson.

—Sí. El médico vendrá de un momento a otro y sabremos a qué atenernos. ¿Vinisteis solo a interesarnos por vuestro compañero?

—No. También a manifestar nuestra opinión. El cabaret funciona, al parecer, con absoluta normalidad. Ninguna de las chicas a las que hemos tirado de la lengua sabe nada. Estimo que...

Donald guardó silencio, sin atreverse a continuar por sentir fija en él la mirada del comisario.

—¿Qué ibas a decir?

—¡Yo me lanzaría esta misma noche sobre el cabaret! Tal vez al registro no de resultado, pero pondrá nerviosos a nuestros enemigos. Además, ellos no esperan que procedamos así y quizá encontremos alguna pista. Permanecer en la sala noche tras noche es ineficaz. ¿No opina lo mismo?

Wilder, cuyo gesto se tomaba más sombrío con el transcurso del tiempo, repuso:

—Sí, pero antes de decidir deseo conocer la opinión de Bradford. ¡Él es quien dirige las investigaciones!

Durante el diálogo, los cuatro hombres no miraron a Roger. Por eso les sobresaltó oír su voz y más que nada sus palabras:

—Gracias, comisario. Opino igual que Sanderson. ¡Demos una batida en regla! ¡No nos separaremos hasta que realicemos ese

trabajo, porque tengo la evidencia de que sir Brothers es uno de nosotros! Así no podrá prevenir a sus cómplices.

Hubo un largo silencio. Wilder no se mostraba sorprendido. Estaba pensando en lo mismo desde que comenzó a poner en orden sus notas. Fue Frank Weaver el primero en hablar:

—¿Te has vuelto loco, Roger?

—Hasta hoy estuve ciego, que no es lo mismo. Todos debemos considerarnos sospechosos, incluido yo.

—¿Vas a hacernos creer que te heriste tú mismo en París?

—Gracias por tu confianza, Frank, pero sir Brothers debe tener muchos enemigos y cualquiera de ellos pudo disparar.

—Eso es absurdo. Sanderson y yo llevamos poco tiempo en la organización y...

—Uno de vosotros pudo ingresar en ella siendo el que buscamos. Chennery, por su parte, estuvo conmigo en Francia. El comisario puede haberse visto tentado por la codicia o haber perdido el juicio. Lo cierto es que Brothers conoce nuestros planes, que hay que variar de inmediato. Han intentado matarme, pero no de la forma que yo esperaba, es decir, capturándome, sino a distancia, para no comprometerse o, como en el caso de John Curtis, sirviéndose de hombres que, de ser apresados, lo ignoran todo salvo un número de teléfono. ¡Y ese número de teléfono es el del cabaret! Voy a actuar con la máxima brutalidad, comisario! ¡Esos tipos no se merecen contemplaciones!

Bradford se había sentado en la cama y miraba con fijeza a su jefe y a sus colaboradores. Todos se hallaban nerviosos, incluso Frederick Wilder.

—Resulta absurdo lo que dices—comentó Sanderson.

—¡De los mayores absurdos surgen siempre las mayores verdades.

Sonó el timbre de la puerta.

—¿Espera a alguien, comisario?

—Sí. Mandé llamar a Nathan Pearson para que te reconociera.

Roger se puso en pie mientras contestaba:

—Hizo mal. Me encuentro perfectamente. Sufrí un mareo pero ya pasó.

—¡Pero que te examine! ¡Es una orden!

—De acuerdo. No me opongo. Sea cual sea su dictamen pienso

seguir actuando.

Archibald, que había salido a abrir, regresó en compañía del facultativo, que llevaba en la diestra un pequeño maletín.

—Desnúdese de medio cuerpo para arriba y tumbese. Quiero ver qué es lo que tiene, aunque por lo que me ha dicho el señor Wilder por teléfono lo imagino.

Fue obedecido. En la habitación reinó el más absoluto silencio. Todos pudieron ver que una de las heridas mostraba los labios sangrantes.

—¿Por qué permitieron a este hombre que abandonara la cama? ¡Es ahí donde debe estar!

—No les culpe a ellos, doctor. ¡Me escapé sin el consentimiento del médico ni del comisario!

—¿Quiso jugar a los héroes? Habrá que suturarle de nuevo, si es que no es preciso abrir a fondo para ver cómo se encuentran los tejidos, interiores. Yo procedería así.

—Mañana. Hoy debo terminar con un cobarde asesino aunque sea lo último que haga en mi vida. Colóqueme unas gasas o lo que quiera, véndeme fuertemente y déjeme en paz. ¿Qué va a hacer?

—Tomarle la tensión. Ese desmayo resulta sospechoso.

El médico manipuló unos minutos en el antebrazo izquierdo de Roger para después exclamar.

—Lo que me temía. Tiene ocho de máxima y cuatro y medio de mínima. ¡No concibo ni cómo puede sostenerse en pie!

La frase, pese a que iba dirigida a Bradford, fue dicha por Pearson mirando a Frederick Wilder, quien, desasosegado, inquieto, dijo:

—Ya oyes, Roger. No quisiera...

—¡Al diablo usted y el doctor! ¿No tiene libertad un hombre para decidir por sí mismo?

—Para suicidarse también—repuso Nathan.

—¡No me predique más y haga lo que he dicho! No nos sobra demasiado tiempo. ¿Vamos a ese cabaret, Wilder?

—Sí.

—Movilice entonces a todos nuestros agentes. No recurra a la Metropolitana. ¡No me fío absolutamente de nadie!

—Ya lo veo—fue el seco comentario de Chennery.

Frederick pasó al despacho para regresar a los pocos minutos,

cuando Nathan Pearson terminaba de cerrar el maletín.

—He terminado con al señor Bradford, comisario. Declino toda responsabilidad de lo que pueda sucederle.

—Gracias, doctor. Perdóneme que le haya molestado, pero el médico del FBI en Filadelfia es ya muy viejo y tiene autoridad para hospitalizar a cualquiera de nosotros, incluso contra su voluntad.

—Es pena que no le hayan llamado.

—Por eso no lo hice. Mañana pasará a visitarle y entonces me dirá cuáles son sus honorarios.

—Ya están pagados. Si me necesita no dude en avisarme de nuevo, aunque sólo sea para amortajar a este insensato.

Pese a sus palabras, la diestra de Nathan Pearson estrechó con fuerza, en mudo signo de amistad y admiración, la de Roger, quien dijo:

—Gracias.

Fue acompañado hasta la puerta por el comisario, el cual, al regresar, informó a sus hombres:

—Todo está previsto para dentro de quince minutos. Diez hombres rodearán el cabaret y nosotros penetraremos en él. Bradford, Chennery y yo por la puerta de artistas. Vosotros, desde el vestíbulo, evitaréis que salga nadie. ¡Ah! ¿Tuviste una sorpresa esta noche, Roger?

—Sí. ¿Qué hace aquí Jane Christow? ¿Por qué la ha complicado en esto? ¿Es el agente que había enviado a Filadelfia y que ninguno conocíamos?

—En efecto. Uno de nuestros informadores consiguió ese empleo. Tiene un aparato de cinta magnetofónica debajo del mostrador donde se registran todas las conversaciones telefónicas. A diario me ha facilitado los nombres de quienes le parecían sospechosos. Ya no es un secreto, porque Donald y Frank la reconocieron. El único que lo ignoraba, además de ti, se entiende, es Archibald.

—¡Corre peligro de muerte si no me equivoco al afirmar que uno de nosotros es sir Brothers!

—Lo sé. Por eso no nos separaremos, para poder vigilarnos mutuamente e impedir un nuevo crimen. ¡Vamos ya! ¡No perdamos tiempo! Utilizaremos mi coche.

Roger, abotonándose la americana, fue el primero en abandonar

la alcoba, dirigiéndose a la puerta de entrada. ¡Había un gesto de fiera resolución en su semblante!

En el automóvil del comisario no tardaron en llegar a las inmediaciones del cabaret. Bradford ordenó a Sanderson:

—¡Tú me respondes de la vida de Jane Christow! Dile que permanezca oculta en el guardarropa hasta que yo vaya a buscarla.

—Pierde cuidado, Roger.

—Vamos, comisario.

Después de cerciorarse de que la manzana de casas se hallaba totalmente rodeada, Bradford, Frederick Wilder y Archibald Chennery se detuvieron ante una pequeña puerta, utilizada por los artistas de variedades y personal del establecimiento.

El inspector manipuló en la cerradura con una de sus inseparables ganzúas, y segundos más tarde los tres hombres se hallaban en un largo pasillo a cuyos lados se alineaban varias puertas que fueron abriendo a puntapiés sin cuidarse de silenciar sus actos.

Todas las habitaciones eran o cuartos trasteros, donde se amontonaban mesas y sillas viejas, o camerinos para que pudieran cambiarse de ropa las muchachas que actuaban en el escenario, unos camerinos mugrientos, mal ventilados y peor iluminados.

—¡Cuidado, Roger!

Archibald, que era el que había lanzado el aviso, disparó contra dos hombres que, provistos de automáticas, acababan de aparecer por el extremo del pasillo, alcanzándoles de lleno.

Bradford y el comisario, con las armas firmemente empuñadas, comprendieron que Chennery acababa de salvarles, quizá, la vida. Frederick Wilder dijo:

—Perdóname, Archibald. Hace unos minutos estaba convencido de que tú eras sir Brothers.

—Tiene usted demasiada imaginación, jefe. A Roger le sucede lo mismo. Ven a ese individuo en todas partes. Sigamos. La posición que ocupamos es peligrosa si alguno de nuestros enemigos consigue lanzar una ráfaga de metralleta. Nos liquidarían a los tres sin gran esfuerzo.

—Sólo nos resta por abrir una habitación—dijo Bradford mientras manipulaba inútilmente en un pestillo.

Frederick Wilder, que miraba a través del cristal, vio cómo, de

pronto, se iniciaba la desbandada de los que llenaban el establecimiento mientras de detrás del pequeño escenario brotaba una densa columna de humo negro.

—Han prendido fuego al local, Roger. Tendremos que actuar con rapidez, sin entretenernos aquí, si queremos obtener algún resultado.

Bradford asintió con el gesto y fue el primero en salir del despacho.

Un proyectil le rozó la sien mientras otro le hería en el brazo izquierdo, casi a la altura del hombro.

Arrojándose a tierra, el inspector hizo fuego con la Parabellum, a la que había quitado el silenciador. Un individuo, alcanzado en el pecho por el proyectil de grueso calibre, se retorció en el aire antes de caer, mientras tres hombres se apartaban de la línea de tiro, retrocediendo para alcanzar una escalera que enlazaba, sin duda, con el sótano del edificio.

—¡Siga el registro, comisario! ¡Yo voy tras ellos! ¡Parece que no nos esperaban!

Bradford, consciente del valor de los segundos, se había lanzado en persecución de los fugitivos.

Una bombilla, que iluminaba pobremente la estancia, saltó hecha pedazos de un certero disparo de Roger, quien, comprendiendo que se enfrentaba a peligrosos adversarios, sin pensar en su herida del pecho ni en la que acababa de recibir en el hombro, saltó hacia adelante, desde el último tramo de la escalera, encogiéndose.

Varios fogonazos ante él y el silbido de proyectiles, que pasaron muy cerca de su cabeza, le convencieron de que la muerte le rondaba y de que, merced a su estratagema, se hallaba aún con vida.

Desde el suelo, arrastrándose, pudo situarse detrás de una de las cubas de madera.

El silencio era absoluto, un silencio que parecía tener sonido entre tinieblas.

Extendió la mano para apoderarse de una de las botellas que se hallaban en las estanterías de las paredes y la arrojó hacia adelante. El vidrio estalló a unos metros de distancia y tres fogonazos le orientaron sobre la posición de sus adversarios. Bradford hizo fuego

una sola vez y un grito de agonía se alzó en el aire, pregonero de muerte.

Apenas Roger hubo apretado el gatillo, descubriendo su posición, se arrojó a tierra mientras los proyectiles le buscaban.

Un leve roce a la derecha de Bradford hizo que éste se envarara, pero intuyendo que había sido producido, quizá, por una rata, continuó sin moverse.

Lejanos, amortiguados por la distancia, sonaron varios disparos. Sin duda el comisario y Archibald Chennery luchaban en el piso superior contra los hombres a sueldo de sir Brothers.

Un olor, apenas perceptible al principio, le hizo recordar que, quizá sobre su cabeza progresaba el incendio que vio iniciarse en el escenario. Si era así y se prolongaba aquella situación en el sótano, era posible que cuando intentara alcanzar la calle, si es que salía de allí con vida, no pudiera conseguirlo. Se consoló pensando que el mismo riesgo corrían sus enemigos.

Escuchó atentamente mientras el sudor resbalaba por sus sienes, signo evidente de la tensión emocional a que estaba sometido. Experimentaba el desagrado de hallarse empapado en vino, que continuaba brotando por el agujero producido en la cuba por un proyectil.

¿Se enfrentaba a Kurt Schoenberg, el hombre al que sir Brothers quiso hacerle creer que estaba muerto? Si era así le interesaba cazarle vivo, pero, ¿cómo conseguirlo?

Una tos espasmódica frente a él le hizo apretar el gatillo por dos veces mientras saltaba hacia atrás para que cuando la réplica en plomo se produjese las balas no encontraran su cuerpo. No obtuvo, como la vez anterior, el éxito apetecido, pues no se oyó ningún grito de agonía. Vio varios fogonazos a su izquierda y al centro y disparó rabiosamente hasta agotar el cargador de la Parabellum.

Pese al estruendo de las detonaciones, que se agigantaban entre las bóvedas, pudo percibir un gemido de dolor y cómo alguien se arrastraba muy cerca de él, sin duda buscando la escalera para huir.

Arrojó la Parabellum por inservible y extrajo la automática de la funda axilar con la que hizo un solo disparo, orientándose por el gemido, que no cesaba.

Un proyectil silbó tan cerca de la cara de Bradford que éste sintió como un soplo de muerte.

Dentro de pocos minutos la atmósfera sofocante, la certeza de que el incendio les cercaba, obligaría a salir a quienes estuviesen con vida.

No sin esfuerzo, pues el brazo izquierdo comenzaba a pesarle como si fuera plomo, Roger pudo quitarse la americana. Al arrancar la corbata que le oprimía el cuello como un dogal de muerte, no consiguió sofocar por completo un golpe de tos.

Un disparo fue la réplica, disparo revelador de que su enemigo continuaba alerta, dispuesto a eliminarle al menor descuido.

La cabeza amenazaba estallarle. Estaba empapado en vino, en sudor, en sangre.

Una extraña debilidad se iba apoderando de todo su ser.

No supo cómo, pero de pronto un velo de negrura le cegó por completo y sus piernas se negaron a sostenerle.

Frente a él, un individuo, pistola en mano, con el máximo de precauciones y temeroso de que se tratara de una treta, se fue acercando despacio a Bradford, deteniéndose, al fin, ante su víctima.

El hombre, fríamente, con un gesto de complacencia en su rostro, apuntó a la cabeza de Roger, mientras el dedo índice se crispaba en torno al gatillo del arma...

CAPÍTULO VII

—¡Tenemos que sacar de ahí a Roger!

En las palabras del comisario vibraba la angustia.

La espantosa humareda hacía toser violentamente a los dos hombres, quienes, a su pesar, sintiéndose incapaces de ir en ayuda de su compañero, viéronse obligados a retroceder con rapidez para no perecer también.

Al verse en la calle, en torno a la cual se aglomeraba la gente, sintieron las sirenas de los coches de Policía y de los servicios contra incendios. Frank Weaver y Donald Sanderson se aproximaron. El primero de ellos inquirió:

—¿Y Bradford?

—Dentro—repuso el comisario, sintiendo que un nudo de angustia se estrangulaba en su garganta.

—Tal vez podamos entrar si una manguera nos va empapando en agua—propuso Sanderson, quien sin esperar respuesta se dirigió al oficial del Cuerpo de Extinción de Incendios para someterle su plan, que fue denegado.

—Las llamas invaden el edificio. ¡No autorizo a que nadie se arriesgue en vano! El humo es capaz de asfixiar a quien lo intente.

—Pero...

—No insista. Concentraremos el agua que nos sea posible en esa zona y quizá dentro de unos minutos sea posible realizar lo que propone.

Sanderson fue a insistir, pero Wilder, poniéndole una mano en el hombro, dijo:

—Hemos de admitir la evidencia. ¿Detuvisteis a alguien?

—Sólo al personal de servicio y a dos de los matones del establecimiento a los que pudimos identificar entre el público que

huía. Los tienen bajo custodia los agentes de un coche patrulla.

—Luego les interrogaremos. ¿Y Jane Christow?

—No estaba en el guardarropa. Hay certeza absoluta de ello porque registré, incluso, en el lavabo de señoras mientras Frank custodiaba la salida. ¡Hemos hecho todo lo posible, comisario!

—Lo sé, Sanderson. Creo que esa chica corre un serio peligro. De lo que le ocurra yo seré el único responsable.

Media docena de mangueras enviaban miles de litros de agua a presión sobre el pasillo que minutos antes abandonaron Chennery y Wilder. Las llamas parecían retorcerse en el aire como monstruos de pesadilla...

* * *

Al caer, la espalda de Roger quedó apoyada en el suelo y aunque sentía que una completa oscuridad cegaba sus ojos y que las piernas se negaban a obedecer los mandatos de su cerebro, pudo oír que unos pasos se aproximaban y cómo alguien, su enemigo, sin duda, se detenía ante él.

Con la diestra apoyada en tierra, seguro de que su adversario se hallaba a punto de eliminarle, a ciegas y aun en la duda de si acertaría o no, comenzó a disparar en todas direcciones con la esperanza de que los proyectiles encontraran el blanco deseado.

El que, seguro del triunfo, pulsaba ya el gatillo del arma e imaginaba desmayado a su adversario, sintió dos golpetazos en el pecho y aunque pudo apretar el disparador, la bala, desviada, fue a dar en una de las paredes de cemento del sótano.

Con el asombro del que encuentra la muerte a la vuelta de la esquina del triunfo, el hombre a las órdenes del espionaje soviético se desplomó a tierra mientras de su garganta se escapaba un gemido que era más bien un grito de desesperada impotencia.

De nuevo, el silencio más absoluto imperó en la bodega, roto sólo por el crepitar del fuego que iluminaba a ráfagas la abovedada habitación.

El inspector del F. B. I., inmóvil, percibió el alarido de muerte, y un suspiro de alivio se escapó de su pecho. Sus dedos soltaron el arma y se dijo íntimamente que si moría al menos le quedaba el consuelo de haber eliminado a sus tres adversarios.

Con una serenidad impropia del momento, Roger relajó los

músculos, consciente de que el nerviosismo no contribuiría a salvarle, y fue moviendo lentamente los brazos primero y las piernas después.

Por fortuna para él, el desmayo no fue total. Gracias a ello aún le era posible pensar en salvarse si lograba atravesar la barrera de fuego que adivinaba por el humo, el calor sofocante y el crepitar de la madera al ser devorada por las llamas.

Consideraba vital cada minuto, pero le era imposible incorporarse. Tenía la certeza de que si intentaba algún esfuerzo volvería a desmayarse.

Se mordió los labios para evitar que el pánico le dominara y se dijo que en otras circunstancias había atravesado situaciones tan desesperadas como aquella, consiguiendo superarlas.

Entornó los párpados para proteger los ojos del humo y el segundero de la sangre en sus muñecas y en las sienes fue marcando el paso del tiempo para Bradford, el cual, muy despacio, procurando no agotarse, se sentó en el suelo para, a continuación, apoyándose en una de las cubas, conseguir ponerse en pie.

En tal postura, sin moverse, sintiendo que el aire le quemaba los pulmones, aguantó unos instantes que le parecían siglos.

Movió el brazo derecho y ambas piernas y, a pesar de la debilidad que le dominaba, se dispuso a salir de aquel infierno.

La idea de examinar los rostros de los tres enemigos, muertos por él en la desesperada lucha con el propósito de ver si uno de ellos era Kurt Schoenberg, fue desechada por Roger, consciente del inapreciable valor del tiempo.

¡Huir! Eso era lo único que importaba.

Al agacharse para coger la chaqueta, temió que fuera a perder el equilibrio, pero consiguió apoderarse de la prenda sin caer. La necesitaba para, una vez en el piso superior, si es que lograba alcanzarlo, protegerse la cabeza del fuego.

Los escalones de ladrillo ardían y el calor atravesaba la suela de los zapatos de Bradford quien en el último rellano, se detuvo para tomar aliento.

Ante él, a pocos metros, una densa nube de humo negro, enrojecida por las llamas.

No tardó en orientarse. Apenas penetrara en la hoguera en que se había convertido el corredor del cabaret, que enlazaba con la

puerta de servicio, sólo el instinto, su fortaleza y la Providencia podían guiarle.

Consciente de que cada minuto que pasaba eran menores sus posibilidades de salvación, se envolvió la cabeza con la americana e inspirando profundamente, como el que se lanza al mar para efectuar un largo buceo, se sumergió a la desesperada en aquel horno donde, estaba seguro de ello, iba a perecer.

Sintió una quemadura en el brazo derecho y otra en el pecho, pero corrió, ya enloquecido, incapaz de pensar, asfixiándose por falta de aire...

* * *

Por dos veces, provisto de una máscara de oxígeno y bajo el chorro de las mangueras, Donald Sanderson intentó penetrar en el mar de fuego, pero hubo de retroceder con quemaduras que determinaron inmediata asistencia sanitaria.

Los vecinos que habitaban en los pisos superiores habían conseguido desalojar el inmueble. Algunos, que vieron cortado el paso, tuvieron necesidad de lanzarse sobre las grandes lonas que sostenían los bomberos.

Un cinturón de agentes de La Metropolitana había desalojado la zona de curiosos y numerosos hombres, desde altas escalas, dirigían el agua de las mangueras a las zonas más densas de llamas con el propósito de salvar lo que les fuera posible del inmueble, de tres pisos de altura y con las características peculiares de las edificaciones de Filadelfia.

El comisario jefe del F. B. I. paseaba sin cesar, incapaz de dominar sus nervios, esforzándose en vano en hallar una fórmula que permitiese la salvación del bravo Roger Bradford, el más valeroso de sus inspectores, al que imaginaba rodeado de llamas, luchando por salvarse.

—¡No podemos permitir que muera así!—dijo Frederick Wilder en alta voz para, después, dirigiéndose al jefe de los servicios contra incendios preguntarle, con tono en el que se reflejaba la ansiedad—. ¿No ve ninguna posibilidad? ¡No importa que sea desesperada! Estoy decidido a arriesgar mi vida por...

El interpelado interrumpió al que le hablaba, con el gesto y la palabra:

—Es inútil que se atormente por lo que no tiene remedio. No hace falta ser un experto para comprender lo absurdo de penetrar en la casa. Pronto empezarán las paredes a derrumbarse. ¡Los que no han conseguido salir no tienen salvación!

—Pero...

—¡Sé mi oficio, señor! Le ruego que se aparte de la zona de peligro. Hemos de evitar que el incendio se propague a las casas inmediatas y no puedo estar preocupado de sus imprudencias ni de sus nervios. Perdón. No he querido ser brusco.

—Le comprendo.

El comisario se acercó a Archibald Chennery y a Frank Weaver, quienes en silencio contemplaban cómo un sanitario terminaba de vendar el brazo izquierdo de Donald Sanderson,

Los cuatro hombres se miraron. Todos pensaban en lo mismo, en su bravo compañero muerto en acto de servicio.

Una chimenea rodó con estrépito al hundirse la base sobre la que se sustentaba y los escombros cayeron cerca de un grupo de bomberos, los cuales, sin inmutarse, con un absoluto desprecio al peligro, continuaban enviando miles de litros de agua hacia la única salida posible del cabaret, envuelto en fuego y en humo.

—Sir Brothers estará de enhorabuena—comentó Sanderson—. Ha borrado las huellas comprometedoras de su cuartel general, eliminando, además, a su peor enemigo.

—No le durará mucho el placer del triunfo —repuso el comisario, bronca la voz—. ¡Le cazaré aunque sea lo último que haga en la vida! ¡Movámonos! Nada hacemos aquí perdiendo el tiempo. Jane Christow corre peligro. Hemos de librarla de las garras de ese asesino antes de que sea demasiado tarde. Interrogaremos a esos dos matones y al personal de servicio. ¡Vamos!

—¿Todos juntos?—ironizó Chennery—. ¿Sigue pensando que uno de nosotros es un traidor?

—¡Pobre de él si así sucediera, Archibald! Procuraría que tuviese la más espantosa de las muertes.

Minutos más tarde, y en el interior de un coche celular, el comisario se encaró con uno de los gorilas contratados para mantener el orden en el cabaret, no sin antes ordenar que se retirasen los agentes de la Metropolitana que los custodiaban.

—Durante el tiempo que sea necesario nadie nos estorbará.

¿Sabes lo que me propongo hacer contigo?—no obtuvo respuesta—. Voy a partirte los huesos hasta que me digas lo que necesito saber.

El individuo, aterrorizado por la fiereza de la mirada de Frederick Wilder, retrocedió un paso:

—¡No sé nada! ¿Quién es usted? ¡Quiero que venga un abogado!

—Vendrá el forense a hacerte la autopsia—fue la brutal respuesta del comisario—. ¿Quién se ha llevado a Jane? ¡Habla!

—¿Jane?

El asombro del matón era fingido. Hombre sin inteligencia, resultaba fácil presa para el sagaz comisario, quien, de forma inesperada, golpeó al preso en la mejilla desgarrándole la carne con las aristas de un diamante que llevaba montado en un arete de oro en el dedo índice de la mano izquierda. Frank Weaver, que se hallaba junto a su jefe, fundió su puño derecho en el hígado del que, muy pálido, quiso retroceder sin conseguirlo, pues Sanderson, que se había situado detrás de él, le inmovilizó mientras le sujetaba ambos brazos a la espalda, en una presa dolorosa que hizo gemir al prisionero.

Durante varios minutos, Chennery y Weaver pegaron sistemáticamente en los puntos más dolorosos del que, sudoroso, con los ojos desorbitados por el espanto, balbucía entrecortadas frases:

—¡Soltadme!... ¡Llamen a mi abogado!... ¡No pueden torturarme!... ¡Malditos seáis!...

La rodilla de Donald Sanderson se alzó para alcanzar al que sujetaba, en el final de la columna vertebral. El golpe fue tan doloroso que el forajido exclamó:

—¡Dejadme! Sí. Conozco a esa chica y...

El puño del comisario se aplastó sobre la boca del que intentaba hablar, reventándole los labios.

—Creo que vas a mentirnos. Aún no estás lo suficientemente suave como para convencerte de que sólo te librarás de nosotros confesando la verdad. ¡Sigue con él, Archibald!

—¡No! ¡Hablaré! ¡No me peguen más! Conozco a esa chica. Es la que había en el guardarropa.

Frederick Wilder hizo una seña a sus subordinados.

—Descansad un momento. Daremos una única oportunidad a este tipo. Espero que sepa aprovecharla. Te escuchamos.

—¿Qué es lo que quieren saber?

Sanderson chasqueó la lengua.

—Mejor será que sigamos zurrándole, jefe. Tiene mala memoria. Quiere ganar tiempo para contamos un cuento.

Le pegó de nuevo con la rodilla en la espalda, haciéndole retorcerse de dolor.

—¡Les diré la verdad!

—De eso estoy seguro—afirmó el comisario acercando mucho su rostro al del detenido—. ¡Cantarás y de plano! ¡Todo es cuestión de tiempo! ¿Qué sabes de esa muchacha?

Frederick Wilder encendió un cigarrillo y, como por descuido, arrió la brasa a la garganta del hombre, quien, al sentir la quemadura ladeó la cabeza con fuerza, reventando la lumbre. Algunas chispas le cayeron en la camisa, que empezó a chamuscarse.

—Teníamos orden de liquidarla esta noche, cuando abandonara el trabajo.

—¿Quién os dio esa orden?

—La recibimos por teléfono, como de costumbre... ¡Es la verdad! ¡No le engañó!

—Sigue. Ella ha desaparecido. ¿Quién vino a buscarla?

—No lo sé. Estaba dentro del cabaret, en la sala. ¡Él si debió verlo porque se bailaba en el vestíbulo!

El indeseable señaló a su compañero, que, vigilado por Archibald Chennery, presenciaba el interrogatorio temblando convulsivamente, en la certeza de que, tarde o temprano, le tocaría a él ser interrogado. Masculló:

—¡Maldito traidor!

La atención de Frederick Wilder se centró en el otro detenido. De la fuñida axilar sacó la pistola, empuñándola por el cañón, en forma de maza.

—No quiero hacerme daño en las manos ni manchármelas con tu contacto.

El primer golpe alcanzó al matón en la mandíbula, derribándole. Fue un culatazo brutal. La pierna derecha del comisario del F. B. I. chocó una y otra vez contra las costillas del que, encogido en el suelo, intentaba, inútilmente, hurtar el cuerpo a los golpes.

Wilder era un hombre sin piedad. La idea de que Roger Bradford

había muerto y de que Jane corría un grave peligro, no le abandonaba un solo instante. Estaba dispuesto a saber a cualquier costa.

—¿Quién se llevó a la chica? Es indudable que era un conocido tuyo porque a cualquier otro no se lo hubieras permitido. ¡No me obligues a triturarte! ¡Levántate!

El comisario acompañó la orden con una patada en el estómago y el individuo, encorvado por el dolor, se incorporó trabajosamente mientras la sangre se deslizaba por las comisuras de sus labios.

—Fue Kurt Schoenberg.

Un largo silencio siguió a la revelación del detenido, silencio roto por Frederick Wilder.

—Lo esperaba. ¿Iba solo?

—Sí. Montaron en el coche. ¡No sé más!

—¿Ofreció ella resistencia?

—No. Kurt habló con la chica en el guardarropa. Iba muy pálida pero parecía acompañarle de buen grado.

—¿El vino de la calle o estaba en el cabaret?

—Vino de la calle. Llevaba tres días sin aparecer por aquí.

Wilder, buen psicólogo, comprendió que aquel hombre decía la verdad. Por ello quiso jugar una baza decisiva, sin recurrir de nuevo a la violencia.

—Escucha. Te prometo dejarte libre si me dices dónde crees que ha llevado a la muchacha. A ti y a tu compañero. No temas que Schoenberg castigue vuestra traición. Permaneceréis en la cárcel los días necesarios hasta que le cacemos. No contestes aún. Piénsalo. Tú también.

La última frase iba dirigida al individuo al que interrogaron anteriormente. Frederick Wilder estaba convencido de que aquellos hombres eran simples peones a sueldo de la organización de espionaje, seres brutales que se alquilaban al mejor postor, y no confiaba en obtener éxito, pero valía la pena intentarlo.

—Kurt no da nunca explicaciones de sus actos. Ni aun siquiera se acercó a mí. Tiene un piso en...

—Lo sé. Es lástima. Perdéis una buena oportunidad. Pasaréis varios años en presidio si es que no vais a la silla eléctrica. Depende de que se os pueda probar algún crimen. Mantengo la oferta.

—Él vive con su mujer en Montgomery Avenue, frente al teatro

de la Opera. Tal vez la haya llevado allí.

—No le creo tan ingenuo. ¿No sabéis otras señas? Os va mucho en la respuesta.

—No.

Donald Sanderson, que había soltado al hombre que inmovilizó durante el interrogatorio, intervino:

—¿No piensa que nos estén engañando? Tal vez si empleáramos otro procedimiento consiguiéramos...

—No. Dicen la verdad. Tú y Frank id al domicilio de Schoenberg y esperad allí mis órdenes. No podemos desaprovechar una remota posibilidad. Tú, Archibald, ve a la Jefatura de la Metropolitana y examina el expediente de Kurt con minuciosidad. Tal vez encuentres algún dato. También recibirás instrucciones. Decidle al teniente de la Metropolitana que los detenidos son suyos y que conviene que los tenga incomunicados. Los minutos son preciosos y aunque actuamos a ciegas, en cualquier momento puede ofrecérsenos un signo revelador. Yo voy a ver si es posible entrar en el cabaret. Vivo o muerto necesito encontrar a Bradford...

* * *

Medio inconsciente, tosiendo sin cesar, Roger continuó avanzando por entre la inmensa hoguera en que se había convertido el pasillo que enlazaba las dependencias interiores del cabaret con la calle, negándose a pensar, sin otra obsesión que la de hallarse en el exterior para respirar aire puro y bañar con agua sus carnes abrasadas.

Estaba convencido de que sólo un milagro sería capaz de sacarle con vida de aquel infierno, pero en otras ocasiones el milagro llegó en el último segundo. Y entonces no fue una excepción.

Sentíase convertido en una antorcha cuando algo frenó el ímpetu de su carrera. Con júbilo dióse cuenta de que era el chorro de una manguera y, con mayor fe en salvarse, pudo avanzar unos pasos, no sin esfuerzo, pues el agua le dificultaba el avance.

Se desvió unos centímetros a la derecha y, siempre con la cabeza envuelta en la americana, se lanzó como un bólido. Chocó con una de las paredes laterales y, rectificando la dirección, siguió ganando terreno. Una nueva quemadura le hizo meterse de nuevo debajo del agua para, encorvándose, arrojarle hacia adelante salvando una

verdadera barrera de llamas.

Notó que había alcanzado la calle al sentir unos giritos y el choque del agua contra su cuerpo. Pese a ella, en tierra, rodó en un formidable esfuerzo de voluntad mientras se libraba de la americana con la que hasta entonces se había protegido.

Sin atreverse a abrir los ojos, por miedo a hallarse aún en una zona dominada por el incendio, gateando, empapado, pudo avanzar aún unos metros.

Fue entonces cuando unas manos le asieron por las axilas, arrastrándole mientras se oía una voz:

—¡Avisad al comisario! ¡Pronto, una camilla!

En un sobrehumano esfuerzo, Bradford pudo desasirse y ponerse en pie. Sus ojos se posaron en varios miembros del servicio de extinción de incendios, que le rodeaban y, lanzando un suspiro de alivio, dijo:

—Creí que no lo conseguiría.

Su voz era tranquila. Roger, de nuevo, como en él era habitual, había recobrado la serenidad.

Todos le miraron con asombro.

El aspecto de Bradford era impresionante. La camisa estaba casi completamente abrasada, así como las perneras de los pantalones, pero conservaba el rostro intacto merced a la chaqueta protectora, un pingajo humeante caído a unos metros de distancia.

—¿Cómo se encuentra?—le preguntó el jefe del servicio de extinción de incendios.

—Igual que un pollo recién salido del asador. Me escuecen los brazos y las piernas.

—Mejor será que se tienda en esa camilla y deje que los sanitarios se preocupen de usted. Creo que tiene quemaduras de primero y segundo grado. Además, está sangrando por el pecho.

—Curaré pronto. El comisario dice que tengo carne de perro, y espero que tampoco ahora se equivoque. Me sentaré en esas parihuelas, pero no consentiré que me lleven al hospital. Aún tengo que hacer.

El jefe del servicio de bomberos miró a Bradford, dudando de su cordura, mientras un médico y dos sanitarios se arrodillaron junto al inspector, quien hubo de morderse los labios para contener un grito. Acababan de humedecer las quemaduras de las piernas con

un líquido amarillo. Se puso en pie con violencia:

—¡Déjenme en paz! Me encuentro bien y no necesito que ningún matasanos consiga lo que no lograron las llamas. Si me aplican esos mejunjes terminaré en una cama sin poder moverme.

Comenzó a caminar, con paso no muy firme, aspirando, gozoso, el aire de la noche. Un hombre con bata blanca se interpuso:

—¡Tiene que someterse a tratamiento médico! No le permitiré que...

Roger, centelleantes las pupilas, apartó de un empujón al que le obstaculizaba el camino:

—¡Quítese de ahí!

—¡No sea loco!

—El loco lo será usted si pretende ponerme una mano encima. Ya soy mayorcito para cuidarme.

El médico, sin intimidarse por el tono amenazador de Bradford, se situó de nuevo ante él. Era un hombre joven, de gesto decidido.

—¡Le curaré, le guste o no! No me obligue a cogerle de los brazos. Los tiene llenos de quemaduras y le haré daño.

—¡Usted no se atreverá a acercarse!

—¡Va a verlo ahora mismo!

Roger se replegó sobre sí, dispuesto a la defensa, y al agachar levemente la cabeza notó que los ojos se le nublaban. Hubiera caído a tierra a no ser por la intervención del facultativo, que pudo sostenerle en el último segundo, mientras murmuraba:

—¡Diablo de hombre!

Auxiliado por uno de los sanitarios, el médico condujo a Bradford a la camilla.

—Cúrenme aquí mismo.

—Lo haremos para, después, llevarle al hospital. Quizá tarde un mes en restablecerse.

El facultativo, ocupado en el examen de las quemaduras, no pudo advertir la burlona sonrisa de Roger, quien, con los labios crispados para soportar el dolor, se mantuvo quieto. El mareo iba pasando.

Al sentirse de nuevo fuerte, pensó en incorporarse, pero permaneció inmóvil. Apenas llegara Frederick Wilder le convencería para que le permitiera continuar la búsqueda de sir Brothers.

¿Estaría a salvo Jane Christow? Sólo el comisario podría responderle a esa pregunta.

Miró en todas direcciones sin descubrir a su jefe, y al advertir que la casa habíase convertido en una antorcha, se estremeció.

—¿Duele?—¡preguntó el médico—. Podemos ponerle una inyección de morfina. Las quemaduras son atroces.

—Aguantaré lo que sea preciso. No quiero calmantes.

—Allá usted.

Bradford notó que le arrancaban de la pierna la pequeña pistola automática con la que pudo defenderse de John Curtis en el domicilio de Kurt Schoenberg. y dijo:

—Deme esa arma. La necesitaré dentro de poco.

—Pero...

—¡Haga lo que le he dicho!

El médico, encogiéndose de hombros, accedió a lo que Roger solicitaba. Al ir a guardar el arma en el bolsillo del pantalón, el roce de la tela con el dorso de su mano derecha le produjo un dolor insoportable. Se miró. Tenía la piel cubierta de gruesas ampollas.

Bradford pensó que tal vez aquella fuese su última misión. No ignoraba que eran frecuentes las muertes por quemaduras.

—¿Escaparé de ésta, doctor?

El interrogado, sorprendido por el tono amable de voz, repuso, no sin aspereza:

—Dependerá de usted. Ha de someterse a una larga cura. Con su rebeldía no hace más que perjudicarse y buscarme complicaciones.

—Perdone por lo de antes. A veces me comporto como un salvaje.

—¿Sólo a veces?

Roger fue a replicar con violencia, pero se contuvo comprendiendo que al facultativo le sobraba razón para ser mordaz.

—Veo que no se le pasó el enojo y...

El inspector se interrumpió al ver aproximarse a Frederick Wilder, quien, informado ya de que Bradford había conseguido salvarse, se aproximaba a grandes zancadas, con el rostro radiante de júbilo.

—Todos te dimos por perdido, Roger.

—Yo también dudé en salvarme, pero, al parecer, tengo el pellejo muy duro. ¿Qué hay de Jane Christow?

El comisario quiso eludir la respuesta:

—No te preocupes ahora de...

—¡Sin evasivas! ¿Le ha ocurrido algo a la muchacha?

Frederick desvió la mirada de la de Bradford para responder, con tono en el que se adivinaba la angustia:

—Está en poder de Kurt Schoenberg. No fue posible evitarlo.

Roger clavó su mirada en el inspector. Sus palabras adquirieron inusitada agresividad:

—¡No fue posible! ¿Qué le importa que esa chica muera? ¡Sólo desea añadir un éxito más a su historial! ¡No debió mezclarla en esto! Si algo le ocurre será como si usted la hubiera asesinado.

—¡Bradford!

—¡Las verdades duelen siempre, pero ya va siendo hora de que alguien se las diga en la cara! ¡Yo amo a esa muchacha, y...!

Roger guardó silencio, sin completar la frase, sorprendido por la confesión, que le había brotado de lo más profundo del alma. Fue a levantarse y no pudo conseguirlo. Una mano le sujetó con fuerza a la camilla.

—¡Quieto!

—¡Déjeme en paz, matasanos del demonio!

Se incorporó violentamente, encarándose con el facultativo, dispuesto a repeler una agresión, que no se produjo. El médico, encogiéndose de hombros, dijo a Frederick Wilder:

—Declino toda responsabilidad. Este hombre necesita...

Bradford interrumpió al que hablaba:

—¡Yo sé bien lo que necesito! ¡Poner las manos encima de un miserable! ¡Vámonos de aquí, comisario, a un sitio en el que podamos hablar sin testigos. ¡Imagino que habrá lanzado a los hombres del Departamento a una acción desesperada!

El comisario, sin responder, se alejó unos metros para, en silencio, seguido de Roger, para penetrar en un automóvil de la Policía. Una vez que el inspector se hubo sentado junto a él, ordenó al agente que se hallaba al volante:

—Salga. Necesito este coche.

El miembro de la Metropolitana vaciló unos segundos, pero un cabo que se hallaba próximo intervino:

—Haz lo que te han mandado, Charles.

Hubo un breve silencio, roto por Bradford, quien notaba que un

insoponible dolor se iba apoderando de su cuerpo.

—¿Cuáles son sus planes, comisario?

Tardó unos minutos en recibir respuesta. Frederick Wilder, durante largo rato, expuso sus teorías, muy despacio, sopesando mucho cada palabra. Al terminar, Bradford quedó pensativo y no hizo comentario alguno, por lo que el comisario agregó:

—Estoy dispuesto a seguir cualquier otro plan si te parece más acertado, Roger. Me han dolido tus reproches, aunque reconozco que en el fondo llevas razón. Creo que me he endurecido en exceso en los años que llevo en la Oficina Federal de Investigación, pero no hasta el punto de convertirme en un ser sin conciencia.

—Olvídelo. No fui dueño de mis nervios. Estoy de acuerdo con lo que proyecta. Creo, sin embargo, que debemos enviar copias de las fotografías de Kurt Schoenberg a la televisión y a los periódicos. Haga que los coches de la patrulla la reciban por telefoto. Es preciso iniciar la caza de ese hombre. Servirá para ponerle nervioso y tal vez piense retener a Jane como rehén, ¡Esa podría ser su salvación!

—Sí. Creo que es lo mejor.

—¿Quién había delante cuando el matón comunicó que el raptor de la muchacha era Schoenberg?

—Donald Sanderson, Frank Weaver, Archibald Chennery y yo.

Entonces fue cuando Bradford formuló la pregunta clave para la identificación de sir Brothers. Al recibir la respuesta los puños del inspector se crisparon.

—¡Maldito sea!

Comunicó a su jefe no ya sus sospechas, sino la certidumbre de la identidad de su enemigo, rogándole:

—No hagamos aún nada por detenerle. Conviene que pretenda eliminar a Kurt y a Jane. Carecemos de pruebas y él puede proporcionárnoslas. Además, ignoramos dónde han llevado a la chica. ¡Dé rápidamente las órdenes, comisario!

—Lo haré por radio, ahora mismo. ¡Quién iba a pensarlo! Todos los indeseables, hasta los más inteligentes, cometen errores. Él no ha sido una excepción.

Una vez organizada la caza del hombre, Frederick Wilder dijo a Bradford:

—Vamos a ver al doctor Pearson, al Pennsylvania Insane Asylum. Él te hará una cura de urgencia y estableceremos en su despacho el

cuartel general. ¡Necesitas asistencia médica!

—De acuerdo, comisario, pero no me hospitalizaré hasta que ese maldito reciba su merecido, y Jane Christow esté a salvo.

—Se hará como quieras. Necesitas, además, cambiarte de ropa. Mandaré a uno de los agentes al hotel para que recoja uno de tus trajes. Creo que, al fin, estarnos en el último episodio de la aventura. Sir Brothers ha sido el enemigo más peligroso con el que me tropecé en mi larga carrera.

—«Es» todavía. Mientras no le cacemos, no podemos cantar victoria.

Frederick Wilder se puso al volante del automóvil. Pisó a fondo el embrague y cuando el vehículo inició la marcha inquirió:

—¿No estaremos equivocados, Roger? ¡Resulta tan inconcebible! ¡No quisiera que por actuar precipitadamente cometiéramos una injusticia o un error de imposible rectificación!

—Tendremos pronto la evidencia. Ahora podemos explicamos los continuos fracasos.

—Sí. Buscamos fuera lo que sólo dentro podíamos encontrar. ¿No estarás arriesgando inútilmente tu vida, Roger? El éxito de la captura es por completo tuyo, aun cuando no participes de forma directa. Quizá lo mejor sea que te sometas a un tratamiento médico adecuado y nos dejes hacer a nosotros el resto del trabajo.

—Es pedirme demasiado, jefe. Compréndalo.

—Lo comprendo, pero observo que en tu rostro hay un rictus de dolor y eso me hace temblar por ti. Aunque no lo creas, he llegado a quererte como a un hermano.

—Lo sé—repuso Roger, conmovido—. Sólo así se explica que hayas podido soportarme tanto tiempo.

Por un segundo, la mirada de Frederick Wilder se posó en Bradford y había en los ojos del comisario un brillo de afecto, de auténtico cariño.

El automóvil, haciendo sonar la sirena, devoraba millas por las calles de Filadelfia...

CAPÍTULO VIII

Terminaba Nathan Pearson de efectuar una cura de urgencia a Roger Bradford cuando sonó el timbre del teléfono, situado sobre la mesa de trabajo del doctor.

Frederick Wilder tomó el auricular, tenso el rostro:

—¿Quién llama?

—Sanderson, comisario. ¡Le tiene ahí!

—¿Qué dice?

—Acaba de entrar en el hospital por la puerta que da acceso al depósito de cadáveres.

Un brillo de júbilo iluminó las pupilas de Frederick.

—Bien. Preocúpese de que rodeen el edificio. Recorra a la Metropolitana. No debe escapar. Dirija usted el cerco. Le hago responsable.

—Esté tranquilo, jefe.

Wilder depositó el auricular en el soporte del aparato para decir a Roger con voz vibrante:

—El ratón se ha metido voluntariamente en la trampa. El hombre al que buscamos está aquí, quizá oculto en el depósito o camino de alguna de las dependencias del manicomio. Díganos, doctor, cómo podemos llegar sin rodeos.

—Les acompañaré.

Frederick vaciló.

—Puede ser peligroso.

—No importa. Quisiera cooperar en la captura de ese individuo, aunque no sea más que para salirme con la mía y meter en la cama por una temporada al testarudo de Bradford.

El comisario, con una sonrisa cordial, dijo al facultativo:

—Vamos, entonces. ¡No podemos perder tiempo!

Roger que había escuchado en silencio el diálogo, se incorporó y empuñando la automática de pequeño calibre fue el primero en dirigirse a la puerta que enlazaba el despacho de Nathan Pearson con el largo pasillo. Había en su gesto una mortal amenaza para el hombre que estuvo a punto de matarle en París y que habíale burlado durante varios años.

El médico y los dos federales anduvieron con rapidez por varias galerías. Al doblar un recodo, Roger, arrojándose al suelo, advirtió:

—¡Cuidado!

Acababa de ver al que hasta entonces ocultó su identidad bajo el falso nombre de Brothers, quien llevaba en su diestra un revólver de grueso calibre, con el que hizo fuego, retirándose después.

El proyectil silbó a escasa distancia del inspector, el cual, poniéndose en pie, avanzó rápidamente hacia la puerta por la que había penetrado su adversario, deteniéndose en el umbral.

—¿Qué habitación es ésa?—inquirió.

Nathan Pearson, que se había situado junto a Bradford, repuso:

—Es el depósito de cadáveres una gran sala con mesas basculantes.

No había terminado el facultativo de pronunciar tales palabras cuando se oyeron varias detonaciones.

—Sin duda ha intentado escapar y los agentes que custodian la salida se lo impiden—explicó Frederick Wilder—. ¡Espera. Roger! ¡Quizá se entregue!

—No lo hará.

—Es posible, pero déjame intentarlo.

El comisario, situándose de forma que no le pudiera alcanzar ningún disparo, gritó:

—¡Sal de ahí! ¡Estás rodeado! ¡Es absurdo que te hagas matar!

No obtuvo respuesta. Bradford. Inquieto miró a Pearson.

—¿No habrá otra salida que esté utilizando?

—No. La puerta que da a la calle y ésta son las únicas comunicaciones del depósito, si exceptuamos la cámara frigorífica para la conservación de los cadáveres que destinamos al estudio. No pase miedo. No puede huir.

—¡Vamos! ¡No provoques más muertes! Te concedemos tres minutos.

Tampoco Frederick recibió contestación. Roger dijo a su jefe:

—Cúbrame. Voy a entrar. No podemos estar aquí toda la vida.
—¡Ten cuidado! ¡Es peligroso!
—Lo sé.

* * *

La automática del comisario comenzó a disparar y Bradford, tomando impulso, saltó como un bólido hacia el interior de una amplia habitación sin que el plomo le buscara. Vio, al fondo, cerrarse una puerta, y dedujo que su enemigo buscaba un último refugio.

—Pase, comisario.

Wilder y Pearson penetraron en el depósito. Roger señaló al fondo.

—Se ha ocultado ahí.

—No tardará en salir—dijo el médico—. Es el frigorífico. La temperatura es de veinte grados por debajo de cero. La puerta se abre y cierra por ambos lados. No podrá resistir más de quince minutos.

Varios agentes entraron en la estancia, poniéndose a las órdenes del comisario y un silencio tenso fue la tónica de la espera. Sobre dos de las mesas había cadáveres, cubiertos con blancas sábanas.

—¿No podemos forzar la entrada, doctor?—inquirió Bradford,

—Desde luego, pero el que lo haga se expone a morir de un balazo. Él tiene que salir forzosamente. ¿A qué exponerse en vano?

Las palabras del médico eran lógicas y ninguno encontró argumento para oponerse a ellas.

Transcurrió el tiempo, agigantado en su duración por la ansiedad. Nathan Pearson miraba nervioso su reloj de pulsera. Todos tenían los ojos clavados en la puerta, esperando verla girar de un momento a otro.

El rostro de Frederick Wilder se iba ensombreciendo. Roger pensaba en Jane Christow. ¿Estaría viva aún?

—¡No aguanto más!—dijo el inspector—. ¡Entraré como sea!

—Sí—admitió Pearson—. De no hacerlo encontraremos su cadáver congelado. No creo que pueda ya oponer resistencia.

Cuando Bradford y el comisario franquearon la puerta, el misterioso sir Brothers, tendido en el suelo, no intentó luchar.

—¡Saquémosle!—ordenó el médico—. ¡Es increíble hasta dónde

llega el fanatismo de los hombres! ¡Estaba dispuesto a dejarse morir!

Condujo al despacho de Pearson al que hasta entonces fue pesadilla del Federal Bureau of Investigation, y mientras el facultativo se esforzaba en reanimarle, Frederick preguntó a su prisionero:

—¿Dónde está Kurt Schoenberg y la muchacha? ¡No lles tu locura homicida hasta el final!

—Ya nada importa—fue la respuesta del interrogado—. Esperan mis órdenes en una habitación de este hospital. Iba a matarles cuando me sorprendieron. ¿Cómo me descubrió, comisario?

—Fue Roger. No manifestaste asombro ninguno cuando en el interrogatorio a los empleados del cabaret uno de los matones declaró que Schoenberg se había llevado a la muchacha. Bradford, sin embargo, en su primera visita al manicomio te dijo que Kurt había muerto. A mí conseguiste engañarme, sobre todo al verte luchar contra los hombres a tus órdenes.

—Era la mejor coartada. De paso eliminaba a los miembros de una organización que me proponía deshacer. Comprando que llegué demasiado lejos.

—¿Cómo no me mataste cuando perdí el sentido al salir del cabaret? Fue tu mejor oportunidad—inquirió Robert.

—Donald Sanderson y Fran Weaver salieron detrás de mí. Tuve que llevarte con el comisario. De haberte liquidado me habría delatado yo mismo. Tú vences.

—¿Mataste a La esposa de Kurt?

—Sí. Lo hice apenas montaste en el coche para venir aquí. Te imaginaba abrasado, Bradford.

—No podía morir hasta no acabar contigo. ¿Cómo diste la orden de incendiar el cabaret? No te separaste de nosotros.

—Esas eran mis instrucciones si se producía un registro y se cumplieron. Siempre mis hombres me han obedecido ciegamente. Durante años impuse una férrea disciplina. ¿Me mandó seguir, comisario?

—Sí. Lo hice apenas os marchasteis Sanderson, Weaver y tú. Confiaba en que uno de vosotros, ignoraba cuál, nos llevaría hasta Schoenberg y Jane. Después, cuando Roger descubrió tu identidad, puse detrás de ti a todos los hombres disponibles. ¿Dónde

encontraremos a la muchacha?

—En el pabellón B, habitación 107. El enfermero es un pobre diablo, al que me fue fácil comprar con un puñado de dólares. Kurt se entregará sin resistencia. Es un cobarde. Creo que él llegó a sospechar también mi identidad. ¡Por eso iba a matarle antes de desaparecer. No pude contigo, Bradford. En París casi lo conseguí. Tienes mucha suerte.

—No. Es que el mal nunca triunfa—fue el breve comentario de Roger—. ¿Morirá, Pearson?

—No. Dentro de unas horas se habrá restablecido por completo y podrá interrogarle cuanto desee. Venga conmigo. Le llevaré junto a Jane Christow.

Por orden del comisario varios agentes acompañaron a Bradford, pero la precaución fue innecesaria. Kurt Schoenberg se entregó sin lucha y Jane y Roger se abrazaron corazón contra corazón.

La pesadilla había terminado.

* * *

El misterioso sir Brothers, inspector Archibald Chennery, del Federal Bureau of Investigation, fue electrocutado dos días después de la boda de Bradford y Jane Christow, quienes partieron a Europa a disfrutar de un bien ganado descanso y de una ilusionada luna de miel.

FIN

• JEAN •



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

10
Ptas.

NOTAS

[1] Hospital de Pensilvania para dementes.